

MARTÍN LUIS GUZMÁN

EL ÁGUILA  
Y  
LA SERPIENTE

EDICIÓN, ESTUDIO  
Y NOTAS DE  
SUSANA QUINTANILLA

PRESENTACIÓN DE  
JAIME LABASTIDA



ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

PQ7297.G9755

A3

2016 Guzmán, Martín Luis, 1887-1976

*El águila y la serpiente* / Martín Luis Guzmán; edición, estudio y notas de Susana Quintanilla. — Edición crítica. — Ciudad de México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016.

1244 páginas

ISBN: 978-607-97427-0-6:

1. Literatura mexicana – Siglo XX. I. Quintanilla, Susana, editor. II. t

La edición de esta obra se hizo con el apoyo de



**CONACYT**  
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología



## CLÁSICOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

© 2016. Herederos de Martín Luis Guzmán

© 2016. Por la edición, estudio y notas: Susana Quintanilla

© 2016. Por la presentación: Jaime Labastida

© Todos los textos son propiedad de sus autores.

Grabado de portada: Rufino Tamayo, *El águila y la serpiente*

Esta edición:

D.R. © 2016. Academia Mexicana de la Lengua

Naranjo 32, Col. Florida

Del. Álvaro Obregón

Ciudad de México, 01030

info@academia.org.mx

www.academia.org.mx

ISBN: 978-607-97427-0-6

Impreso y hecho en México

## PRESENTACIÓN

¿Qué clase de libro tenemos en nuestras manos? ¿Un libro de memorias? ¿Un libro de historia? ¿Una novela? ¿Una crónica? ¿Una suerte de autobiografía? ¿Un texto de ficción? ¿Un texto verídico? ¿Quién narra lo que sucede? ¿Un testigo? ¿Un actor? ¿Un narrador omnisciente? En todo caso, el narrador es, al mismo tiempo, testigo y actor de cuanto en el texto sucede, lo cual implica que este libro es todo lo anterior. Y mucho más: un libro que rebosa de penetrantes observaciones sobre los grandes actores revolucionarios. Es, además, un testimonio exacto, terrible, desnudo, de los hechos. También es una reflexión profunda acerca del sentido moral de la Revolución mexicana. Pero, por encima de todo, es una obra maestra de nuestra literatura, un texto de escritura magnífica, sereno al mismo tiempo que lleno de pasión, una pieza sin par, razón por la que conserva, a casi noventa años de su primera edición, toda su fuerza y toda su lozanía.

Aun cuando al inicio carece de fechas precisas, entendemos, por la diégesis misma, que se trata de algunos hechos en los que el narrador ha participado de modo directo, mientras que en otros ha sido un testigo de los acontecimientos, a lo largo de escasos dos años: poco después de la Decena Trágica (febrero de 1913) hasta el inicio de la lucha entre las distintas facciones revolucionarias, tras la Convención de Aguascalientes y la huida del gobierno provisional que de ella surge (enero de 1915). En ese pequeño arco de tiempo, asistimos al desarrollo de actos que nacen de una violencia y una crueldad en estado puro: algunos, vividos por el narrador; otros, recogidos al sesgo.

El libro se abre con una anécdota, intrascendente al parecer: la partida hacia el encuentro imposible con los revolucionarios, cuando el narrador toma un tren a Veracruz, sube a un barco que va a Nueva York vía La Habana, conoce en el barco a cuatro personas que, como él, se encaminan a la lucha, aparece una posible espía y hay un enredo del que no sabemos si es verdadero o falso... Desde el inicio, pues, el narrador juega con nosotros, entremezcla la realidad y la ficción. La supuesta espía jamás reaparece en las páginas del libro y los

cuatro protagonistas del relato nunca más se mencionan en el curso de los hechos. La anécdota, ¿es real? ¿Es una ficción? La bella espía y el doctor Dussart ¿son reales o son sólo personajes de ficción? No importa que el personaje, aquí llamado el doctor Dussart sea, en la vida real y poco más tarde, el coronel Felipe Dussart y que haya tenido bajo su mando tropas en el Istmo de Tehuantepec: la realidad no forma parte de la trama. Los hechos le sirven al narrador de motivo para la narración: convierte a las personas en personajes.

¿Qué papel cumple este relato en el conjunto de la novela? Pero, el libro, ¿es una novela? ¿Es acaso un híbrido entre la realidad y la ficción? El libro está hecho de un conjunto de estampas que tiene por hilo la vivencia directa, en muchas ocasiones, del autor del relato. Por lo mismo, no es una historia de los hechos revolucionarios ni sigue de manera puntual los acontecimientos. Es sólo literatura y del más alto nivel. Todo el libro está escrito así: en sus páginas bullen hombres de carne y hueso, algunos de los cuales son personas que se transformarán en personajes históricos.

A partir del segundo episodio, al entrar de lleno en la escena de los hechos, la novela adquiere un ritmo distinto: el testigo, el actor, el personaje que narra los sucesos que ve y aquellos en los que participa, entra en contacto con los caudillos principales (y con algunos secundarios): Francisco Villa, Venustiano Carranza, Felipe Ángeles, Lucio Blanco, Álvaro Obregón, Salvador Alvarado, Ramón Iturbe, Rafael Buelna. Lo decisivo es el primer impacto que recibe el narrador (por lo general, plagado de contrastes). Así, Fierro se le revela como *una bestia hermosa, un animal magnífico, una naturaleza semisalvaje*, capaz de asesinar sin saña y con frialdad, se podría decir, acaso, que de manera *profesional*. Villa, cuyos ojos parecen estar en zozobra constante, se le aparece con *un no sé qué de fiera en acecho, pero una fiera que se defiende*, impresión que se confirma a medida que el relato avanza. Así, desde la primera impresión, se muestra el drama, el gozne sobre el que gira la novela: el de *dos mundos distintos y aun inconciliables*: por un lado, el de los que participan en la acción con una furia ciega y salvaje; por otro, el de los cultos, los intelectuales, los universitarios que confían en ser escuchados por los políticos y por los generales revolucionarios. La contradicción jamás podrá ser resuelta: el águila se eleva, la serpiente se arrastra.

Álvaro Obregón se le presenta como un farsante: días después de la batalla en que ha participado y en la que ha recibido una *pequeña herida*, sigue en traje de campaña, no se ha rasurado y muestra a todos

las huellas del combate; vive, dice el narrador, sobre un escenario, en un teatro donde es el actor principal. De Carranza sólo advierte que es un intrigante que no lucha con armas sino que goza en dividir y, al propio tiempo, mantener unidas a todas las facciones. Ha llegado a la ciudad de Nogales, Sonora, como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, sin mando directo de tropa y sin participar en batalla alguna, pero es el eje sobre el que han de girar todos los generales, todos los cuerpos de los ejércitos. Se hace retratar una vez y otra, manda hacer copias de sus retratos, sonríe desde su alta estatura, asume con tranquilidad su papel de Primer Jefe.

El libro carece de todo melodrama. Examina los hechos con aparente desapego, aun cuando por debajo de ellos late la pasión más encendida. El narrador observa tanto personas cuanto acontecimientos y los narra con una prosa precisa y contrastante: he allí uno de sus no pocos méritos. Puede haber hechos de violencia a ras de tierra y, sin embargo, el cielo resplandecerá en toda su belleza. Es lo que sucede, por ejemplo, después de que Fierro asesina a cerca de trescientos prisioneros: sin traza de remordimiento alguno, se tiende a dormir junto a los cientos de cadáveres, que se amontonan como *cerros fantásticos*, dice el narrador, *cerros de formas confusas*. Pero en aquel escenario de crueldad y de muerte, *la luna navegaba en el mar sin límites de su luz azul. Bajo el techo del pesebre, Fierro dormía*. El autor contrasta frecuentemente la violencia humana con la serenidad de la naturaleza en la que los hechos suceden o, de forma inversa, los hombres son de una gran serenidad (así, el general Felipe Ángeles), en mitad de una naturaleza hostil.

El examen de los actores se realiza a partir de un detalle en apariencia nimio, un rasgo, un gesto, un objeto del que se extraen conclusiones insólitas y pasmosas: la persona (y la personalidad) de Villa, por ejemplo, orgánica, materialmente unida a su pistola (se siente en total desamparo cuando se desprende, por un instante, de ella). El narrador observa a los caudillos de modo profundo, en forma dinámica y en acto, en la intimidad y entre los hombres que mandan, en reposo y en acción. Un aspecto que asombra en el relato de estos hechos es la enorme capacidad de observación del narrador, mejor, la gran perspicacia del autor para penetrar en la psicología de las personas: le basta apenas un solo detalle para captar los rasgos esenciales de alguien, se trate de Carranza o de Eufemio Zapata.

Así como la primera anécdota del libro asume un carácter estrictamente literario, otras anécdotas guardan la misma función y al-

canzan rango de la más alta literatura. Algunas son vividas de modo personal por el narrador; otras, en cambio, las conoce por referencia. Del tipo de las primeras son “En el Hospital Militar”, “Un inspector de policía”, “La pistola de Pancho Villa” y “Los zapatistas en Palacio”; del segundo tipo, aquellas que le son contadas por los participantes o por quienes estuvieron a su lado; así, por ejemplo, “La fiesta de las balas” (un hecho anterior a la Revolución de 1913), “Un préstamo forzoso”, “El sueño del compadre Urbina” o “La muerte de David Berlanga”.

El conjunto de estos breves relatos revela a un escritor de primer nivel, un narrador que sabe mantener el suspenso de la trama, que capta por anticipado las posibles reacciones del lector, en suma, un escritor en el uso pleno de todas sus facultades. Al visitar el hospital militar, lo que llama la atención del narrador es la *imaginación de las balas*: hechas para matar, se supondría que deberían dar en el blanco y cumplir con su misión estricta (matar); pero es el caso que las balas se divierten, como si tuvieran vida y ánimo propios: describen trayectorias insólitas, llenas de humor e ironía, algunas apenas rozan la carne mientras otras dejan *en el cerebro un eterno estrépito de cataratas* o un *resplandor irresistible, más intenso que si el sol estuviera dentro de los ojos*.

Al subir a un armón y emprender una carrera en las sombras, el narrador ignora qué encontrará adelante, en las vías del ferrocarril. ¿Es una metáfora de la vida que ha decidido, una imagen terrible de la revolución misma que avanza en la oscuridad, a toda velocidad? Los que viajan en el armón, ¿van hacia la muerte? ¿Así se mueve, en mitad de la noche, la Revolución mexicana? *Al fin y al cabo no hemos de morir de parto*, dice el general Rafael Buena, razón última que no puede rebatir el narrador que, resignado, sube en la ruda plataforma mecánica y avanza en las sombras. Esa carrera en las sombras, ¿es una metáfora de la vida? ¿Así nos movemos a lo largo de nuestra existencia? ¿Avanzamos entre sombras, a toda velocidad, hacia la muerte?

Pero otras de las breves estampas le han sido transmitidas al narrador. Una de ellas quisiera destacar, “Un préstamo forzoso”. En ella advertimos la manera de que se vale un general para hacerse de *un préstamo forzoso*: ahorcar al inocente, al que carece de recursos económicos, para hacer que entreguen el préstamo los que sí disponen de ellos. El narrador pone en relieve los métodos corruptos, violentos e ilegales, a través de los cuales algunos revolucionarios logran sus fines: carecen de escrúpulos y justifican el uso de estos medios

en función de los fines. Es evidente que, a lo largo de la narración, estos crímenes no son justificados, pero el narrador los ofrece con una objetividad aparente y fría. En la novela se pone en acto cómo la razón de las armas se impone a las armas de la razón.

El título revela las intenciones del autor. Ningún águila, ninguna serpiente son mencionados en la narración. No aparecen ni como parte del escudo nacional. Son un símbolo de la lucha que se desarrolla durante toda la novela. Águila y serpiente vienen, se ha dicho, de la tradición prehispánica: los mexicas fundaron el centro ceremonial donde un águila posada sobre un nopal devoraba una serpiente. ¿Es así? En el Códice Mendocino aparece un águila sobre un nopal, sobre los cuatro cuadrantes del gran centro ceremonial de México-Tenochtitlan. Pero el águila no tiene una serpiente en el pico. Era la representación simbólica del centro de aquel cosmos, digo, del ombligo del mundo: el centro donde se elevaba la pirámide del Sol. El águila es el sol y está en la cúspide de un cosmos diminuto. En la mitología nahua, la serpiente es el agua: signo de fertilidad. Águila solar y serpiente acuática: signos del calor vital, unión de los contrarios, vida, en suma.

En la mitología hebreo-cristiana, por el contrario, la serpiente simboliza el mal, la presencia del sexo prohibido. ¿Qué función cumplen estos dos animales en el título de la novela? ¿Por qué nunca se mencionan estos dos símbolos a lo largo del libro? Subyacen en él de manera latente pero jamás mencionados. El águila, ave poderosa, que asciende a lo más alto del cielo; la serpiente, el animal rastrero que no se eleva jamás. Pero tampoco se trata de símbolos del mal y el bien: no hay aquí alusión alguna al sexo ni al pecado. Se trata, por el contrario, de la lucha entre las aspiraciones al ideal revolucionario y la bajeza de los hombres que luchan en busca sólo del botín y se valen del asesinato, la traición y la muerte.

Años después, Martín Luis Guzmán, en su Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, al revalorar su obra, hablando en tercera persona, y sin mencionar *El águila y la serpiente* ni *La sombra del Caudillo* ni *Memorias de Pancho Villa*, dijo que la violencia revolucionaria, los crímenes y las atrocidades, los *peores extremos* de que la Revolución mexicana se valió, le parecieron pecados *veniales*. ¿Fueron por lo tanto, pregunto, los instrumentos ciegos de una idea superior, como si existiera una especie de Providencia gracias a la que el bien se valió del mal? ¿El fin, pues, justificó los medios? Martín Luis Guzmán dijo que los protagonistas más *instintivos*, los

*menos transformados por la educación y la cultura*, fueron instrumentos para lograr frutos que no eran obra de *cultura ni de civilización*. ¿Qué se obtuvo gracias a ellos? Si no *el mejor de los mundos posibles*, ¿una patria más justa y democrática? A juicio del Martín Luis Guzmán que vuelve su vista atrás, la Revolución mexicana careció de un programa ideológico porque *surgió de lo más hondo de lo que se llama instinto*, razón por la que *los caudillos y guerreros ignaros resultaron indispensables* para obtener los fines revolucionarios. ¿Qué juicio ha de prevalecer? ¿El literario, el que dejó escrito en *El águila y la serpiente*? ¿El lógico del Martín Luis Guzmán ya maduro que se juzga a sí mismo en los años posrevolucionarios? El lector deberá elegir cuál le parece el más adecuado. En lo personal, prefiero la trama desnuda de esta novela ejemplar, cuyos juicios lógicos y morales apenas subyacen en el limo oscuro de este relato sin par.

JAIME LABASTIDA  
Ciudad de México, 2016



EL ÁGUILA  
Y LA SERPIENTE



El presente texto crítico está basado en la versión definitiva de *El águila y la serpiente*, publicada en 1956 por la editorial fundada por el propio Martín Luis Guzmán, Compañía General de Ediciones, y reproducida sin cambios en sus *Obras completas* impresas por la misma editorial entre 1961 y 1963 y, posteriormente, por el Fondo de Cultura Económica entre 1984 y 1985. Esta versión se compulsó con las ediciones previas realizadas durante la vida de su autor y revisadas con toda certeza por él: Aguilar (Madrid, 1928), Compañía Iberoamericana de Publicaciones (Madrid, 1928), Espasa-Calpe (Madrid, 1932) y Anáhuac (México, 1941 y 1949). Antes de su primera edición en forma de libro, la novela se publicó parcialmente por entregas en periódicos de Estados Unidos y México.

Los signos <sup>○</sup> y <sup>□</sup> remiten  
respectivamente a las Notas complementarias  
y a las entradas del Aparato crítico.

# LIBRO PRIMERO HACIA LA REVOLUCIÓN

## 1 LA BELLA ESPÍA

Al apearme del tren en Veracruz,<sup>1</sup> recordé que la casa de Isidro Fabela<sup>2</sup> —o más exactamente: la casa de sus padres—<sup>3</sup> había sido ya momentáneo refugio de revolucionarios que pasaban por el puerto en fuga<sup>4</sup> hacia los campos de batalla del Norte.<sup>5</sup> Aquéllos eran luchadores experimentados; combatientes, hechos en la revolución

<sup>1</sup> La Estación de Ferrocarril de Veracruz, conocida también como Estación Camino de Hierro, fue construida por la compañía inglesa Pearson & Son sobre terrenos ganados al mar. Era la terminal de la ruta nacional Ciudad de México-Veracruz, de 432 kilómetros de distancia. El edificio, planeado como parte de las obras públicas realizadas con motivo de los festejos por el primer centenario del inicio de la Independencia de México, fue inaugurado en julio de 1911.

<sup>2</sup> José Isidro Fabela Alfaro (1882-1964), abogado por la Escuela Nacional de Jurisprudencia, diplomático, político, historiador y escritor, formó parte de la misma generación intelectual que Martín Luis Guzmán: la del Ateneo o del Centenario. Cuando era diputado de la XXVI Legislatura, electa durante el gobierno de Francisco I. Madero, Fabela huyó de la Ciudad de México con cuatro órdenes de aprehensión en su contra. Perseguido por la policía, llegó a Veracruz en mayo de 1913, para luego trasladarse a La Habana y después a Nueva York.

<sup>3</sup> Los padres de Isidro Fabela, Guadalupe Alfaro Batres, concertista de piano, y

Francisco Trinidad Fabela Vélez, ingeniero topógrafo, vivían en el número 24 de la calle Independencia, cerca de la Estación de Ferrocarril de Veracruz. Su casa funcionó como un refugio de tránsito para algunos de los perseguidos políticos que huían del país por esta ruta.

<sup>4</sup> Veracruz, en la entidad con el mismo nombre, era el principal puerto mexicano de la región costera del golfo de México, región marítima del océano Atlántico contenida entre los litorales de México, Estados Unidos y Cuba.

<sup>5</sup> Venustiano Carranza (1859-1920), gobernador de Coahuila, su estado natal, solicitó el 19 de febrero de 1913 al Congreso local que desconociera al poder ejecutivo federal impuesto tras la asonada militar en la Ciudad de México, y exhortó a los gobernantes de las otras entidades de la República Mexicana para que hicieran lo propio. Un mes después Carranza concertó el Plan de Guadalupe, cuyo propósito principal era restaurar el orden constitucional fracturado durante la Decena Trágica que inició el 9 de febrero de 1913 con la sublevación de algunos batallones del Ejército Federal, y concluyó con la

maderista,<sup>6</sup> cuyo ejemplo podían y aun debían seguir los rebeldes primerizos.<sup>7</sup> Quise, pues, acogerme yo también a la casa que tan bondadosamente se me brindaba, y me oculté en ella, durante todo el día, rodeado de una hospitalidad solícita y amable.

Cuando cerró bien la noche salí de mi escondite para dirigirme a los muelles. Me embargaba una sola preocupación: ¿me admitirían en el buque tan a deshoras? Caminaba aprisa, no obstante mis dos maletas, las cuales, a la vez que con su peso me abrumaban, parecían aligerarlo todo con su contacto. Porque llevarlas en ese momento era, no sé por qué, como tener asida entre las manos la realización del viaje que esperaba emprender al otro día.

En las calles próximas a la Aduana me envolvió el olor de fardos, de cajas, de mercancías recién desembarcadas: lo aspiré con deleite. Más lejos, el espacio precursor de los malecones me trajo la atmósfera del mar: se vislumbraban en el fondo vagas formas de navíos, perforadas algunas por puntos luminosos; corrían hacia mí brillos de agua; descansaban, abiertas de brazos, las grandes máquinas del trájín porteño.

¡Cómo se aceleró entonces con mis recuerdos el pulso de mi emoción! Por aquellos sitios, fuente de mis supremas fantasías de la

renuncia obligada del presidente Francisco I. Madero y del vicepresidente José María Pino Suárez. El general Victoriano Huerta, quien era el encargado de defender la plaza, pactó con los sublevados para consumir el golpe que lo llevaría a la presidencia de México mediante un artilugio legal. Los levantamientos contra esta usurpación comenzaron a principios de marzo en Sonora, Chihuahua, Nuevo León, Coahuila y Durango, estados situados en la región norte de México.

<sup>6</sup> Se refiere a los militares y civiles que habían acudido al llamado del entonces fugitivo Francisco I. Madero para rebelarse a partir del 20 de noviembre de 1910 contra los resultados, calificados de fraudulentos, de las elecciones presidenciales de ese año, y lo acompañaron en la lucha que culminó con la renuncia del presidente Porfirio Díaz y su salida del país, en junio de 1911. Depuesto Madero, mu-

chos de los experimentados combatientes se rebelaron de nueva cuenta en sus localidades o se trasladaron al norte de México para incorporarse en el movimiento constitucionalista.

<sup>7</sup> Martín Luis Guzmán no participó ni en el movimiento antirreeleccionista iniciado en 1909 ni en la rebelión maderista de 1910. Durante los quince meses del gobierno electo de Madero, de noviembre de 1911 a febrero de 1913, fue maestro de dibujo técnico en escuelas primarias de la Ciudad de México, profesor de Lengua Nacional en la Escuela Superior de Comercio y Administración y bibliotecario de la Escuela de Altos Estudios de la recién creada Universidad Nacional de México (1910). En 1912 solicitó una licencia de seis meses sin goce de sueldo en esta última institución para desempeñar una comisión en la Dirección General de Obras Públicas de la Ciudad de México.<sup>o</sup>

infancia, me deslizaba hoy, al amparo de la noche, en busca de un barco y de lo desconocido.<sup>8</sup>

Llevaba en mi cartera cincuenta dólares;<sup>9</sup> en el alma, una indignación profunda contra Victoriano Huerta.<sup>10</sup>

\*

El capitán del *Morro Castle* no se sorprendió cuando le dije que me urgía embarcarme en el acto, pese a los reglamentos y la costumbre.<sup>11</sup> La historia de que yo era revolucionario constitucionalista,<sup>12</sup> y que corría grave peligro de que me aprehendiesen las autoridades veracruzanas, hizo mella en su alma de marino viejo. Por breves segundos clavó en mí su mirada franca, clara, azul. Luego, como para reflexionar más hondamente, contempló la pipa que tenía en una de las manos; y por último, mirándome otra vez, me dijo con voz grave y simpática, con voz que daba suavidad al peculiar acento de los marinos de la Nueva Inglaterra:<sup>13</sup>

—Por supuesto que se queda usted a bordo, pero con una condición: que no saldrá de su camarote mientras no suene la hora en que han de embarcarse mañana los pasajeros. De lo contrario, podríamos tener dificultades.

Fuimos en seguida a la oficina del sobrecargo para legalizar, de alguna manera, mi presencia en el buque. Allí enseñé mi billete y el permiso del cónsul y llené otros dos o tres requisitos, a cuál más insignificante.

<sup>8</sup> Guzmán había vivido en el puerto de Veracruz de 1899 a 1903, de los 12 a los 15 años de edad, cuando su padre, Martín Luis Guzmán Rendón (1853-1910), oficial del Ejército Federal, fue el subdirector de la Escuela Naval Militar. ◯

<sup>9</sup> Guzmán había solicitado una extensión de su licencia en la Escuela de Altos Estudios para trabajar en la Secretaría de Justicia, de la que era titular Rodolfo Reyes (hijo del general Bernardo Reyes y hermano mayor de Alfonso). ◯

<sup>10</sup> El general Victoriano Huerta (1850-1916), comandante militar de la Ciudad de México, había traicionado la confianza de Francisco I. Madero. En los momentos

decisivos de la Decena Trágica se unió a los sublevados y mandató la aprehensión del presidente y del vicepresidente, que serían asesinados el 22 de febrero de 1913. ◯

<sup>11</sup> El *Morro Castle* pertenecía a la compañía naviera norteamericana Ward Line, que prestaba el servicio de transporte marítimo de Veracruz a La Habana y de ahí a Nueva York.

<sup>12</sup> Aunque había sido un adepto al gobierno de Madero, Guzmán no era un constitucionalista franco. ◯

<sup>13</sup> Nueva Inglaterra, en el extremo noroeste de la costa atlántica de Estados Unidos, es una región de tradición marítima y literaria.

—Voy a acompañarlo a usted hasta su camarote —dijo el capitán, así que me dispuse a seguir al camarero que había cogido mis maletas y avanzaba ya para mostrarme el camino.

Y en efecto, tomándome de un brazo, me llevó, inquisitivo y locuaz, por pasillos y escaleras. Ya en la puerta del camarote, me tendió la mano con aire de despedirse, pero prolongó aún su charla unos instantes. Quiso conocer mi opinión sobre la muerte de Madero; me habló, sin mencionar nombres, de un grupo de revolucionarios que habían ido en su barco, en el viaje anterior, hasta La Habana.<sup>14</sup> Total: que al separarnos nos tratábamos como viejos amigos. Tras de darme una palmadita en el hombro, se despidió así:

—*Good night, old chap.*<sup>15</sup>

Minutos después, mientras me acomodaba yo en la litera, hice rápidas consideraciones optimistas. “No es poca fortuna —me decía— que los yanquis,<sup>16</sup> salvo excepciones raras, sean gente a quien se puede hablar con franqueza. ¡Qué admirable país el suyo si la nación fuera como los individuos!”<sup>17</sup>

\*

Los pasajeros empezaron a subir al barco a eso de la una de la tarde; a las cinco el *Morro Castle* rebosaba de gente, y a las seis, hora en que salimos del puerto, no podía darse un paso sobre cubierta ni se encontraba sitio libre en parte alguna.

Apenas pasada la bocana y cogido el rumbo, los más sentimentales de los viajeros —¿quién en tales casos no lo es?— nos apiñamos hacia la parte de popa para ver desvanecerse a lo lejos el panorama veracruzano. El paisaje era crepuscular, misterioso. Casi a ras de agua, las hileras de luces del puerto se confundían con las señales de la bahía,

<sup>14</sup> La Habana fue nombrada en 1902 la ciudad capital de la República de Cuba tras la independencia del dominio colonial español. En su puerto, considerado como uno de los más seguros del mundo, arribaban y zarpaban buques de gran calado que recorrían el océano Atlántico.

<sup>15</sup> *good night, old chap*: ‘buenas noches, viejo amigo’.

<sup>16</sup> El término inglés *yankee* se originó en Nueva Inglaterra a mediados del siglo xvii

para denominar a los originarios de esta región de Estados Unidos. Castellanizado como yanqui por su pronunciación en inglés, es usado en México como gentilicio de los estadounidenses.

<sup>17</sup> Guzmán distingue la actitud de algunos ciudadanos estadounidenses de la del gobierno de ese país, que tuvo una posición abiertamente contraria a Madero e intervencionista en la destitución de éste.

blancas y rojas; volteaba encima el aspa luminosa del faro. Y todo, nubes sanguinolentas del nacer de la noche, fajas sombrías de la costa, iba hundiéndose en el ocaso como si estuviera fijo en un mismo plano del cielo... El que dejábamos era un horizonte sobre el cual pesaba, sin tregua, el caer de los astros.

Los pasajeros del *Morro Castle*, aunque muchos en número, no sumaban en conjunto grandes atractivos. Pertenecían en lo general a ese tipo gris, medio descastado, medio cosmopolita, que infesta con sus modales seguros y su fácil estupidez los barcos de todos los mares de la tierra. A primera vista no descubrí más que unas cuantas personas interesantes: un grupo de cuatro hombres —los cuatro mexicanos, ninguno muy bien vestido y todos, a juzgar por ciertas frases que atrapé al vuelo, bastante mal hablados—; una norteamericana hermosísima —rubia, seductora, de aspecto equívoco, de edad incierta—, y un yanqui como de treinta años —fuerte, risueño, sencillo y enérgico— que luego resultó ser mi compañero de camarote. Cierto que esta impresión, por lo rápida y superficial, debía considerarse incompleta o engañosa: la muchedumbre de viajeros que llenaba el salón no se prestaba, en aquellas primeras horas, a trabar conocimiento con nadie; en la cubierta todo lo envolvía una penumbra que si era grata para el reposo y la meditación, era también perfectamente aisladora.

\*

Al otro día inauguré mis labores de a bordo poniendo cerco al grupo de los cuatro mexicanos. Pronto descubrí que eran revolucionarios constitucionalistas. Uno, a quien los otros guardaban muchas consideraciones, si bien le hablaban siempre en tono algo regocijado, era doctor y se llamaba Dussart.<sup>18</sup> Su cuerpo pequeño contribuía a hacer agradable el contraste entre sus canas y su porte juvenil: era inquieto, ágil, ruidoso. Parecía el menos viejo de todos ellos, no obstante que en el resto del grupo sólo había un anciano: el rico de la partida, el que, al parecer, financiaba el viaje. Los otros dos eran jóvenes: uno moreno, rizado, fornido y conversador, y el último —pariente del rico, o relacionado con él de alguna manera— el más joven de todos y de carácter discreto y dócil.

<sup>18</sup> El médico Felipe Dussart fue nombrado coronel del Ejército Constitucionalista en mayo de 1913. Un año después sería

comandante militar de este ejército en el Istmo de Tehuantepec.

Un incidente cualquiera fue pretexto para que cruzáramos las primeras palabras. Luego, enterados ellos de mis ideas políticas y mis propósitos,<sup>19</sup> la intimidad se estableció como por magia. A coro nos desahogamos contra Victoriano Huerta; a coro dijimos bien de la memoria de don Francisco I. Madero<sup>20</sup> y ponderamos las hazañas de Cabral<sup>21</sup> y Bracamontes,<sup>22</sup> con lo cual lo mejor de la mañana se nos fue en disquisiciones políticas y en construir castillos de naipes en torno de la personalidad de Venustiano Carranza,<sup>23</sup> de cuyo temple hacíamos la garantía del éxito revolucionario.<sup>24</sup>

<sup>19</sup> Guzmán coincidía con el propósito fundamental de los revolucionarios: derrocar a Huerta y, una vez restablecido el orden constitucional, convocar a elecciones.

<sup>20</sup> Francisco Ignacio Madero González (1873-1913) nació en la hacienda de El Rosario del municipio de Parras de la Fuente, Coahuila. Estudió comercio, primero en Baltimore (Estados Unidos), después en Francia y por último en la Universidad de San Francisco, California. Al regresar a México radicó en San Pedro de las Colonias, donde se hizo cargo de las propiedades de su padre en la región agrícola de La Laguna. Creyente del espiritismo, de la tecnificación de la agricultura y del reformismo social en materia de salud, educación, trabajo y vivienda, desde 1904 intervino en la política local, ya fuera mediante los procesos electorales, el periodismo o la filantropía. En diciembre de 1908 publicó *La sucesión presidencial de 1910*, cuyo contenido sentaría las bases del Partido Antirreeleccionista que propondría su candidatura a la presidencia en la contienda electoral de 1910. Tras recurrir a las vías legales contra los resultados a favor de la reelección de Porfirio Díaz, hizo desde el exilio en Estados Unidos un llamado a la rebelión por medio del Plan de San Luis Potosí. Reingresó en el territorio mexicano para participar en algunos de los combates que decidieron la renuncia del presidente Porfirio Díaz y el interinato en el puesto de Francisco León de

la Barra. Asumió la presidencia constitucional de México en noviembre de 1911. Durante su gestión enfrentó tanto los embates cotidianos de la prensa y de algunos sectores del Congreso de la Unión como tres levantamientos de importancia: el de Emiliano Zapata en Morelos, el de Pascual Orozco en la región norte del país y el de Félix Díaz (sobrino de Porfirio Díaz) en Veracruz. Encarcelado por órdenes de Victoriano Huerta y obligado a renunciar a su cargo, fue asesinado la noche del 22 de febrero de 1913. ◯

<sup>21</sup> El sonorense Juan G. Cabral participó en la huelga de Cananea (1906) y en la rebelión maderista de 1910. Fue uno de los primeros dirigentes locales en adherirse a las proclamas constitucionalistas. A principios de 1913 participó en las batallas de Nogales, Cananea y Naco, en Sonora.

<sup>22</sup> Pedro T. Bracamontes, sonorense, tomó Nacoziari, Sonora, en marzo de 1913. Poco después firmó el Plan de Nacoziari, que desconocía la presidencia de Huerta.

<sup>23</sup> Véase I, I, 1, nota 5. ◻

<sup>24</sup> El movimiento revolucionario reconoció la dirigencia de Venustiano Carranza, quien fue nombrado Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Tenía más edad que la mayoría de sus correligionarios y una larga trayectoria en la administración pública, tanto la porfirista como la maderista, en todos los niveles, desde el municipal hasta el federal. Su experiencia política generaba confianza entre los sectores que,



No tardó el doctor Dussart en entablar, aquel mismo día, relaciones amistosas con un sinnúmero de pasajeros, en lo que su presteza comunicativa no hallaba obstáculos. La hermosa norteamericana, a quien se acercó muy principalmente, fue una de las personas que primero lo escucharon, y, por lo visto, ella mostró tanta complacencia, que a las dos horas del primer contacto el doctor Dussart ya la traía inquieta con su excesiva galantería mexicana y la trataba con familiaridad que a nosotros nos dejaba pasmados. Lo más notable del suceso era que ni la hermosa yanqui sabía jota de español —así al menos lo suponíamos entonces— ni el doctor hablaba en inglés más allá de cuatro palabras.

—¿Cómo se las arregla usted, doctor —le preguntábamos—, para entenderse con esa señora?

—Muy fácilmente. El único idioma internacional (¡qué esperanto ni qué volapuk!)<sup>25</sup> es el del gesto, que nunca falla.

—Así y todo —le argüíamos—, el hecho es raro, pues, según parece, se trata de una señora decente.

—¡Qué duda cabe de que es decente! De no serlo, me guardaría muy bien de acercármele.

\*

Por la tarde de ese primer día de nuestro viaje el doctor Dussart nos inició en el trato de su nueva amiga. No había cesado de ponderarnos las relaciones valiosas que, sin duda, debía de tener ella en los Estados Unidos, así como lo útil que podría sernos para los fines de “la causa”. Necesitábamos —decía— hacerle la corte; estábamos obligados a conquistarla. Y como lo dominaba el impulso de la acción pronta y eficaz —una especie de demonio ejecutivo— concertó las cosas de tal manera con el *deck-steward*<sup>26</sup> que, sin saberse cómo, se juntaron nuestras sillas de cubierta con la de la bella señora. A partir de esa tarde el corro que formábamos alrededor de ella figuró entre lo más folklórico y característico del viaje. Cuando no la rodeábamos todos, uno al menos la acompañaba.

sin estar a favor de Huerta, recelaban de las gavillas y de las divisiones del norte y del sur del país que se habían levantado, algunas de manera autónoma, bajo el cobijo del constitucionalismo.○

<sup>25</sup> *volapuk*: ‘lengua inventada a fines del

siglo XIX por el sacerdote alemán Schleyer con el propósito de que funcionara como idioma universal’.

<sup>26</sup> *deck-steward*: ‘sobrecargo, mayordomo o asistente de los pasajeros en la cubierta de los buques’.

El doctor Dussart, sin embargo, siguió disfrutando de los privilegios de la verdadera intimidad. Él era el compañero asiduo; él, el predilecto; él, el indispensable. La noche del segundo día conversó con ella —en movidísima plática realzada con gestos, risas y exclamaciones— hasta muy cerca de las once. Nosotros, entre tanto, jugábamos al ajedrez en el fumador.

\*

El tercer día de viaje se nos presentó cargado de novedades. Cuando los pasajeros despertaron, el barco estaba anclado frente a Progreso.<sup>27</sup> Yo, ansioso de conocer, siquiera a distancia, la tierra yucateca (tierra de mis mayores),<sup>28</sup> anduve sobre cubierta desde antes del alba. ¡Qué acontecimiento tan sencillo, y al propio tiempo tan cuajado de evocaciones y misterio, el lento dibujarse de la baja costa de Yucatán en el horizonte de nácar de un amanecer de mayo! Resbalan sobre el agua extraños fulgores, como de eclipse de sol; el cielo se agrieta y deja ver, entre tiras de nubes, brillantes estrías que anuncian el torrente de luz. Y abajo y a lo lejos, sobresaliendo apenas de la línea del agua, va surgiendo el levísimo perfil de una tierra verde y vaporosa, aparecen los tonos lejanos de una vegetación tropical, aquí rala y semejante a una crestería.

Como íbamos a pasar muchas horas inmóviles ante el puerto mientras las bodegas del barco se llenaban de henequén,<sup>29</sup> la espera introdujo cambios en la vida de a bordo. Los deportistas se instalaron en la popa y, ya muy avanzada la mañana, organizaron una partida de pesca de tiburones. Los feroces animales pululaban a ambos lados del buque. A veces se les veía a flor de agua, tajando las olas con su espina siniestra, y a veces los rayos candentes del sol del Golfo,<sup>30</sup> al iluminar

<sup>27</sup> Por su cercanía a la ciudad de Mérida, capital del estado de Yucatán, el puerto de Progreso, fundado en 1871 con la categoría de pueblo, era la sede de la aduana federal y el punto de cabotaje más importante de la península de Yucatán, en el sureste de México.

<sup>28</sup> Martín Luis Guzmán Rendón, padre del escritor, era originario de Mérida, Yucatán, ciudad cercana a Progreso. <sup>o</sup>

<sup>29</sup> El henequén, fibra textil que se extrae

de una planta de agave originaria del área central de la península de Yucatán, fue la base de la agroindustria de la región durante la segunda mitad del siglo XIX. La fibra era enviada al exterior, particularmente a Estados Unidos, desde el puerto de Progreso.

<sup>30</sup> El golfo de México limita con seis estados mexicanos y cinco estadounidenses, y con Cuba. La península de Yucatán lo separa del mar Caribe.

el seno del mar, los mostraban en toda su negrura, espejeante contra los tonos verdes de las masas líquidas.

Cerca de quienes dirigían las maniobras de los pescadores nos encontramos reunidos, en cierto momento, muchos pasajeros: entre otros, el doctor Dussart, la hermosa norteamericana, el yanqui de mi camarote y yo. El doctor pugnaba por contar a la norteamericana, parte a señas, parte en español y parte en muy extraños vocablos ingleses, la vida y costumbres de los tiburones. Para ilustrar sus teorías le relataba anécdotas como la del fabuloso negro veracruzano, que dormía en el rompeolas, la cuerda del anzuelo atada a la cintura, en espera de que el tiburón mordiese; una de tantas noches el negro desapareció, y dos días después las dos mitades de su cuerpo surgieron en la playa traídas por las olas. Pero todo esto lo pintaba el doctor con trazos tan pintorescos y expresivos, que fueron apagándose a su alrededor las otras conversaciones y todos se pusieron a escuchar.

Cuando le tocó el turno a la historia del otro negro, el que en busca de los tiburones se echaba al agua con la *faca*<sup>31</sup> entre los dientes, tomé por el brazo a mi compañero de camarote y, apartándolo del grupo y dirigiendo la vista hacia la bella norteamericana, le pregunté:

—¿Usted conoce a aquella señora?

—No —me respondió—. Sólo una cosa sé de ella, y eso por casualidad. En Veracruz, horas antes de embarcarnos, almorzó en el hotel De Diligencias<sup>32</sup> cerca de la mesa que ocupaba yo con varios amigos. Nos interesó su aspecto, la hicimos tema de nuestra charla y alguien la declaró agente de policía...

—¿De la policía de México? —interrumpí.

—Eso lo ignoro. No se me ocurrió preguntar si de la policía de México o de alguna otra.

Tamaño noticia no me hizo a mí ninguna gracia, y aun me sentí tentado de prevenir inmediatamente a mis amigos revolucionarios. Pero en seguida, temeroso de una indiscreción, opté por limitarme a recomendar sigilo en términos generales.

<sup>31</sup> *faca*: 'cuchillo grande y con punta, generalmente curvado'.

<sup>32</sup> El hotel De Diligencias, frente a la Plaza de Armas o Zócalo de Veracruz, sobre la calle Independencia, funcionaba desde

finales del siglo XVIII como casa de huéspedes de los comerciantes que transportaban productos agrícolas en carretas que eran estacionadas en el portal.

Horas después un incidente imprevisto me forzó a variar de conducta. Poco antes que el *Morro Castle* zarpara de Progreso, el doctor Dussart recibió un mensaje misterioso. Se lo entregó un individuo que había venido en el remolcador de los lanchones del henequén y que, después de estar a bordo unos cuantos minutos, regresó a tierra. Cuando el mensajero se hubo ido, el doctor nos reunió en el fumador para enterarnos de lo que sucedía.

—Acabo de recibir aviso cierto —nos dijo— de que viene en el barco, espíándonos, un agente de policía. Es indispensable estar en guardia, pues pueden pasar dos cosas: o que traten de entorpecer nuestro desembarco en Nueva York,<sup>33</sup> o que nos impidan después, con enredos, cruzar la frontera de Sonora.<sup>34</sup>

Tras esto se produjo una lluvia encontrada de hipótesis sobre el probable espía, así como sobre las consecuencias, próximas y remotas, del espionaje. Acerca del primer punto eran tantas las suposiciones, y algunas de ellas tan descabelladas, que me creí en el deber de revelar lo que me habían contado.

—Lo grave del caso está —dije— en que, si resulta cierto algo que oí esta mañana, el espía acaso no sea otro que la hermosísima amiga del doctor y bella conocida nuestra: la norteamericana de quien no nos separamos desde el principio del viaje.

—¡Cómo!

—¡Imposible!

—Como ustedes lo oyen...

—¡Eso es absurdo!

—Lo que ustedes gusten —añadí—. Ni lo aseguro ni lo niego por mí mismo. Refiero lo que me contaron.

—¿Por quién lo sabe usted?

Pero aquí nuestro conciliábulo hubo de suspenderse. Legiones de pasajeros estaban entrando en el fumador y algunos vinieron a sentarse junto a nosotros: era imprudente hablar.

<sup>33</sup> Nueva York (en inglés New York City), ciudad en el estado homónimo de los Estados Unidos de América, era uno de los enclaves financieros y comerciales más importantes del mundo.

<sup>34</sup> El gobernador interino de Sonora, Ignacio L. Pesqueira, firmó el 5 de marzo de 1913 un decreto que desconocía a Victo-

riano Huerta como presidente de México. En ese estado, cuya situación geográfica en el norte de México lo convertía en un punto estratégico para el aprovisionamiento desde Estados Unidos de pertrechos bélicos y de alimentos, se libraron algunos de los primeros combates entre el Ejército Federal y las fuerzas revolucionarias.

Había anochecido. Ahora navegábamos rumbo a La Habana, y de la costa yucateca no se percibía ya sino el parpadeo de un faro.

## APARATO CRÍTICO

*Los números iniciales de cada entrada remiten, por este orden,  
a la página y a la línea correspondientes.*

- Ag* Edición publicada por Aguilar en Madrid, en 1928.  
*CIP* Edición publicada por Compañía Iberoamericana  
de Publicaciones en Madrid, en 1928.  
*EC* Edición publicada por Espasa-Calpe en Madrid, en 1932.  
*An41* Edición publicada por Anáhuac en México, en 1941.  
*An49* Edición publicada por Anáhuac en México, en 1949.  
*CGE* Edición publicada por Compañía General de Ediciones  
en México, en 1956.

$I = Ag + CIP + EC$

$II = An41 + An49$

$\Omega =$  Todos los testimonios anteriores a *CGE*

o bien:  $Ag + CIP + EC + An41 + An49$

o bien:  $I + II$

Las ediciones de *El águila y la serpiente* realizadas durante la vida de Martín Luis Guzmán, y con toda certeza revisadas por él, fueron las siguientes: Aguilar (Madrid, 1928), Compañía Iberoamericana de Publicaciones (Madrid, 1928), Espasa-Calpe (Madrid, 1932), Anáhuac (México, 1941), Anáhuac (México, 1949) y Compañía General de Ediciones (México, 1956), cuyo texto fue también reproducido en las *Obras completas* publicadas por la misma editorial de 1961 a 1963, y, posteriormente, en las editadas por el Fondo de Cultura Económica entre 1984 y 1985. Si comparamos la edición de 1956 con la de 1961-63, veremos que no se introducen cambios; sin embargo, entre las de 1961-63 y 1984-85 sí existen diferencias. Como el autor ya había muerto cuando el Fondo de Cultura Económica emprendió la tarea de publicar sus obras completas, se decidió tomar como texto base el de la edición de 1956, y no contemplar como variantes autorales los cambios introducidos por la edición de 1984-85.

Este aparato crítico contempla cinco testimonios previos al definitivo, de 1956, y se concentra exclusivamente en las versiones en libro de la obra, no en las periodísticas ni en otros documentos probablemente existentes, tales como lecturas de pruebas del autor, o el manuscrito de algunos pasajes o capítulos. Dado lo anterior, la historia editorial de *El águila y la serpiente* se puede resumir en tres periodos: el primero abarcará las ediciones de Aguilar, Compañía Iberoamericana de Publicaciones y Espasa-Calpe; el segundo, las siguientes dos (las de la editorial Anáhuac); y el tercero, la de 1956 (texto crítico de esta edición) únicamente.

Tomando en cuenta lo anterior, se emplean los números *I* y *II* para representar los dos primeros periodos antes descritos:  $I = Ag + CIP + EC$  y  $II = An41 + An49$ . Debido al gran número de pasajes que se conservaron idénticos en las cinco primeras ediciones de la novela, pero que se transformaron durante el último periodo de corrección, se utiliza el símbolo  $\Omega$ , que significa la agrupación de todos los testimonios

previos a la edición de la Compañía General de Publicaciones:  $\Omega = Ag + CIP + EC + An41 + An49$ . O, si se prefiere:  $\Omega = I + II$ . Cuando no se indique otra cosa, las lecciones de los testimonios coinciden con el texto crítico, es decir, con *CGE*.

Se ofrece una relación de las variantes vinculadas de forma significativa con el texto editado respecto al arquetipo *CGE*, en especial las introducidas presumiblemente por el autor. La disposición del aparato es positiva, ya que se presenta en primer lugar la lectura del texto crítico, y después las variantes correspondientes a las ediciones anteriores. Después de un paréntesis cuadrado de apertura [ se registran los comentarios que se han considerado pertinentes.

## PRIMERA PARTE

### LIBRO PRIMERO

#### HACIA LA REVOLUCIÓN

**6.2** a la casa que tan bondadosamente se me brindaba, y me oculté en ella, *CGE* a la casa que se brindaba tan bondadosamente, y me oculté en ella, *I* a la casa que se me brindaba tan bondadosamente y me oculté en ella, *II*

**6.8** las cuales, a la vez que con su peso me abrumaban, parecían aligerarlo todo con su contacto. *CGE* las cuales parecían aligerarlo todo con su contacto, a la vez que con su peso me abrumaban. *I*

**7.5** que me urgía embarcarme en el acto, pese a los reglamentos y la costumbre. *CGE* que necesitaba embarcarme desde luego, pese a la costumbre y los reglamentos. *I* que necesitaba yo embarcarme en el acto, pese a los reglamentos y la costumbre. *II*

**7.8** y que corría grave peligro *CGE* y de que, por serlo, corría peligro *I* y de que corría gravísimo peligro *II*

**7.11** que tenía en una de las manos; *CGE* que tenía en la mano izquierda. *I*

**7.20** Allí enseñé *CGE* Allí presenté *I* + *An41*

**8.3** avanzaba ya *CGE* caminaba ya *I*

**8.6** pero prolongó aún su charla unos instantes. *CGE* pero todavía así prolongó su charla unos instantes.  $\Omega$

**8.10** como viejos amigos. *CGE* como antiguos amigos.  $\Omega$

**8.13** mientras me acomodaba yo en la litera, *CGE* mientras me acomodaba en la litera, *I*

**8.16** ¡Qué admirable país el suyo *CGE* ¡Qué gran país el suyo  $\Omega$

**9.5** el caer de los astros. *CGE* el caer de las estrellas. *I*

**9.17** por lo rápida y superficial, *CGE* por su rapidez y superficialidad, *I* ¶ debía considerarse incompleta o engañosa: la muchedumbre de viajeros *CGE* debía considerarse engañosa e incompleta. Desde luego, la muchedumbre de viajeros  $\Omega$

**9.19** a trabar conocimiento con nadie; en la cubierta todo lo envolvía una penumbra *CGE* a trabar conocimiento con nadie. En la cubierta, además, se envolvía todo en una penumbra  $\Omega$

**9.23** Pronto descubrí que eran revolucionarios constitucionistas. Uno, *CGE* Pronto descubrí que eran políticos y revolucionarios. Uno de ellos, *I*

**9.28** Parecía el menos viejo de todos ellos, *CGE* Parecía el menos viejo de los cuatro, *I*

**9.33** discreto y dócil. *CGE* discreto y sumiso.  $\Omega$

**10.8** la personalidad de Venustia-

no Carranza, *CGE* la personalidad de Carranza,  $\Omega$

**11.4** fue una de las personas que primero lo escucharon, y, por lo visto, ella mostró tanta complacencia, *CGE* fue una de las primeras personas en hablar con él, y por lo visto mostró tanta complacencia, *I* fue una de las personas que primero lo escucharon, y, por lo visto, mostró tanta complacencia, *II*

**11.8** nos dejaba pasmados. *CGE* nos dejaba asombrados.  $\Omega$

**11.10** ni el doctor hablaba en inglés más allá de cuatro palabras. *CGE* ni el doctor sabía de inglés más allá de cuatro palabras. *Ag CIP* ni el doctor hablaba de inglés más allá de cuatro palabras. *EC*

**11.14** es el del gesto, que nunca falla. *CGE* es el del gesto. Este, desde luego, nunca falla. *I*

**11.19** [En *I* no existe la división anterior, marcada con asterisco; por lo tanto, este párrafo forma parte del mismo apartado.

**11.21** debía de tener ella *CGE* podía tener ella *CIP EC*

**11.24** Y como lo dominaba el impulso de la acción pronta *CGE* Y como a él lo dominaba el impulso de la acción inmediata  $\Omega$

**11.28** el corro que formábamos alrededor de ella *CGE* el corro que formábamos en torno de ella  $\Omega$

**12.7** se nos presentó *CGE* se presentó *I*

**12.14** extraños fulgores, *CGE* fulgores extraños, *I*

**12.20** Como íbamos a pasar muchas horas inmóviles ante el puerto mientras las bodegas del barco se llenaban de henequén, *CGE* Como todo ese día debíamos pasarlo anclados ante Progreso para que el barco llenara sus bodegas de henequén, *I*

**12.26** al iluminar el seno del mar, los mostraban en toda su negrura, es-

pejeante contra los tonos verdes de las masas líquidas. *CGE* al iluminar el seno marítimo, los mostraban en toda su negrura contra el tono verde de las masas líquidas.  $\Omega$  [Sin embargo, en *II* ya se lee *seno del mar* y no *seno marítimo*.

**13.3** Cerca de quienes dirigían las maniobras de los pescadores *CGE* Cerca de los que dirigían las maniobras de la pesca  $\Omega$

**13.6** El doctor pugnaba por contar a la norteamericana, parte a señas, parte en español y parte en muy extraños vocablos ingleses, la vida y costumbres de los tiburones. *CGE* El doctor se empeñaba en contar a la norteamericana, en parte a señas, en parte en español y en parte en muy extraños vocablos ingleses, la vida y costumbres de los tiburones.  $\Omega$

**13.8** Para ilustrar sus teorías le relataba anécdotas como la del fabuloso negro veracruzano, que dormía en el rompeolas, la cuerda del anzuelo atada a la cintura, *CGE* Le relataba, para ilustrar sus teorías, anécdotas como la del mitológico negro veracruzano, que dormía en el rompeolas, atada a la cintura la cuerda del anzuelo, *I* Le relataba, para ilustrar sus teorías, anécdotas como la del fabuloso negro veracruzano, que dormía en el rompeolas, la cuerda del anzuelo atada a la cintura, *II*

**13.11** una de tantas noches el negro desapareció, y dos días después las dos mitades de su cuerpo surgieron en la playa traídas por las olas. *CGE* una de tantas noches desapareció el negro, y a los dos días el mar arrojó a la playa las dos mitades de su cuerpo. *I* una de tantas noches el negro desapareció, y a los dos días el mar trajo a la playa las dos mitades de su cuerpo. *II*

**13.17** Cuando le tocó el turno *CGE* Cuando le tocó su turno *Ag*

**13.18** entre los dientes, tomé por



el brazo a mi compañero de camarote y, apartándolo del grupo y dirigiendo la vista hacia la bella norteamericana, le pregunté: *CGE* entre los dientes, me aparté del grupo con mi compañero de camarote y le pregunté, señalando con la vista a la bella norteamericana:  $\Omega$

**13.23** almorzó en el hotel De Diligencias cerca de la mesa que ocupaba yo con varios amigos. Nos interesó su aspecto, la hicimos tema de nuestra charla y alguien la declaró agente de policía... *CGE* almorzó en el Hotel de Diligencias en una mesa próxima a la que ocupábamos yo y algunos amigos. Su aspecto nos interesó, se habló de ella, y alguien dijo que era agente de policía... *I* almorzó en el Hotel de Diligencias en una mesa próxima a la que ocupábamos algunos amigos y yo. Nos interesó su aspecto, se habló de ella, y alguien dijo que era agente de policía... *II*

**13.28** —Eso lo ignoro. No se me ocurrió preguntar si de la policía de México o de alguna otra. *CGE* —No lo sé. No se me ocurrió preguntar si de la policía de México o de la de Estados Unidos... *I*

**13.31** de prevenir inmediatamente a mis amigos revolucionarios. *CGE* de poner inmediatamente sobre aviso a mis amigos revolucionarios.  $\Omega$

**13.32** Pero en seguida, temeroso de una indiscreción, opté por limitarme a recomendar sigilo *CGE* Temiendo, empero, una indiscreción, resolví al fin que haría mejor en guardar silencio y recomendar sigilo *I* Pero temeroso luego de una indiscreción, resolví al fin que haría mejor en guardar silencio y recomendar sigilo *II*

**14.1** Horas después un incidente imprevisto me forzó a variar de conducta. *CGE* Horas después, sin

embargo, un incidente imprevisto me forzó a variar de propósito. *I*

**14.5** y que, después de estar a bordo unos cuantos minutos, regresó a tierra. Cuando el mensajero se hubo ido, el doctor nos reunió en el fumador para enterarnos de lo que sucedía. *CGE* y que, después de estar a bordo unos cuantos minutos, regresó al puerto. Cuando el mensajero se hubo ido, el doctor nos pidió que nos reuniéramos, para enterarnos de lo que sucedía, en el fumador.  $\Omega$

**14.16** que me creí en el deber de revelar lo que me habían contado. *CGE* que me creí en el deber de contar lo que me habían dicho. *I* + *An41*

**14.18** —Lo grave del caso está —dije— en que, *CGE* Lo grave del caso —dije— es que,  $\Omega$

**14.26** —Lo que ustedes gusten —añadí—. Ni lo aseguro ni lo niego por mí mismo. Refiero *CGE* ¡Lo que ustedes gusten! —añadí yo—. Ni lo afirmo ni lo niego por mi cuenta. Digo  $\Omega$

**14.29** Pero aquí nuestro conciliábulo *CGE* Pero en este punto nuestro conciliábulo  $\Omega$

**14.31** junto a nosotros: era imprudente hablar. *CGE* junto a nosotros: imposible seguir hablando. *I* junto a nosotros. Imposible seguir hablando. *II*

**15.1** Ahora navegábamos rumbo a La Habana, *CGE* Hacía rato que navegábamos rumbo a La Habana,  $\Omega$

**16.3** Cuando volvimos a quedar solos, ninguno de mis cuatro compañeros insistió en la incredulidad que al principio merecieran mis palabras. *CGE* Cuando volvimos a quedar solos en el fumador, ninguno de mis cuatro compañeros insistió en la incredulidad con que al principio acogieron mis palabras. *I* Cuando volvimos a quedar solos en el fumador,

ninguno de mis cuatro compañeros insistió en la incredulidad con que al principio acogieron todos mis palabras. *II*

**16.5** Más de una hora había estado muda nuestra conversación, y durante ese tiempo, mientras se relataban en nuestro entorno impresiones de la estancia frente a Progreso, o se hacían proyectos para la próxima escala en La Habana, habíamos meditado. *CGE* Más de una hora había estado en suspenso nuestra conversación, y durante ese tiempo, mientras se relataban en nuestro entorno, impresiones anodinas de la estancia frente a Progreso, o se hacían proyectos vulgares para la próxima escala en La Habana, nosotros habíamos meditado. *I* Más de una hora había estado en suspenso nuestra conversación, y durante ese tiempo, mientras se relataban en nuestro entorno impresiones de la estancia frente a Progreso, o se hacían proyectos para la próxima escala en La Habana, nosotros habíamos meditado. *II*

**16.8** De la cavilación, mis amigos sacaron buenos frutos: la noticia tenida poco antes por irremediablemente absurda, les parecía ahora posible y aun probable. *CGE* Para mis amigos el fruto de la meditación fue que la noticia tenida poco antes por perfectamente absurda, les parecía ahora posible y aun probable. *I* Para mis amigos la cavilación dio buenos frutos: la noticia, tenida poco antes por perfectamente absurda, parecía ahora posible y aun probable. *II*

**16.15** Y a partir de aquí las reflexiones *CGE* Y a partir de aquí todas las reflexiones  $\Omega$  [Sin embargo, en *Ag* se lee *allí* en lugar de *aquí*.

**16.16** Porque considerando agente secreto a la hermosísima norteamericana, pronto se comprendían muchos detalles hasta entonces sobra-

damente extraños: se justificaba de un golpe la súbita afición que la extranjera había concebido por nosotros; *CGE* A nadie se le ocultaba que considerando como agente secreto a la hermosísima norteamericana, se comprendían muchos detalles hasta entonces bien extraños. Se explicaba, desde luego, la súbita afición que la extranjera había concebido por nosotros.  $\Omega$

**16.19** se entendía también —por lo menos en parte— la actitud, complaciente en extremo, con que ella disfrutaba de la asidua compañía del doctor (compañía a todas luces pura y bien intencionada, pero, de cualquier modo, expuesta a interpretaciones maliciosas). *CGE* Se explicaba también —por lo menos en parte— la actitud, complaciente en extremo, con que disfrutaba de la asidua compañía del doctor (compañía a todas luces inocente y bien intencionada, mas, de cualquier modo, expuesta a interpretaciones malévolas).  $\Omega$  ¶ pero, de cualquier modo *CGE* mas, de cualquier modo *I*

**16.23** La más terminante confirmación de nuestras sospechas la descubríamos en este hecho inequívoco: en sólo tres días —los transcurridos desde la salida de Veracruz— nuestra amistad con la norteamericana, gracias a que ella ponía de su parte cuanto era necesario, *CGE* Pero la más terminante confirmación de nuestras sospechas la descubríamos en este hecho inequívoco: sólo hacía tres días que habíamos salido de Veracruz y, no obstante eso, nuestra amistad con la norteamericana, gracias a que ella ponía cuanto era necesario,  $\Omega$  [Sin embargo, en *II* se omite la conjunción adversativa *pero*.

**16.30** —¡Qué se me figura —exclamó uno de los compañeros del doctor— que la tal señora nos engaña

aun en lo de no saber castellano! Así se comprende que al doctor le entienda hasta los visajes. *CGE* —Qué se me figura —observó uno de los compañeros del doctor— que la tal señora nos engaña aun en lo de no saber castellano. Así se comprende que al doctor le entienda hasta los gestos. *I*

**17.3** Poseído de la vehemencia juvenil que tan graciosamente contrastaba con sus años, *CGE* Con la vehemencia juvenil que tan graciosamente contrastaba con sus años,  $\Omega$

**17.5** consistía *CGE* estribaba *I*

**17.7** debe urdir separadamente algo. Luego confrontaremos todos los proyectos y concluiremos de allí lo que más convenga. *CGE* debe urdir algo separadamente. Luego confrontaremos los diversos proyectos y sacaremos de allí lo que más convenga.  $\Omega$

**17.9** Por cuanto a mí hace, ahora mismo me pongo a pensar. Al reunirnos otra vez esta noche, les expondré mis ideas. *CGE* Por cuanto a mí se refiere, ahora mismo me pongo a pensar. Al reunirnos otra vez esta noche, les expondré mi plan.  $\Omega$  [Sin embargo, en *II* ya se lee *les expondré mis ideas* y no *les expondré mi plan*.

**17.20** empujado por sus hélices, *CGE* empujado por su hélice, *I* + *An41*

**17.26** Tercero: aceptado por ella el matrimonio, el doctor la convencería de que ambos, en lugar de continuar en el barco hasta Nueva York, debían quedarse en La Habana para unirse conforme a las leyes de Cuba. *CGE* Tercero. Aceptado por ella el matrimonio, la convencería de que, en lugar de continuar en el barco hasta Nueva York, ambos debían quedarse en la Habana para unirse allí conforme a las leyes de Cuba. *I*

Tercero: aceptado por ella el matrimonio, la convencería de que, en lugar de continuar en el barco hasta Nueva York, ambos debían quedarse para unirse conforme a las leyes de Cuba. *II*

**17.30** Cuarto y último: en La Habana se agenciaría él la manera de dejar plantada a nuestra enemiga minutos antes que saliera el *Morro Castle*, *CGE* Y cuarto y último. En la Habana se las arreglaría él de manera de dejar plantada a nuestra enemiga minutos antes de que saliera el *Morro Castle*, *I* Cuarto y último: en La Habana él se habilitaría la manera de dejar plantada a nuestra enemiga minutos antes de que saliera el *Morro Castle*, *II*

**17.32** Detalles complementarios: *CGE* Detalles suplementarios: *Ag*

**17.36** Segundo: con ella no nos daríamos por enterados acerca del proyecto de casamiento, a fin de quitarle para lo futuro la posibilidad de invocar testigos. *CGE* Segundo. No nos daríamos por enterados con ella acerca del proyecto de casamiento, a fin de privarla en lo futuro de la posibilidad de invocar testigos. *I* + *An41* Segundo: no nos daríamos con ella por enterados acerca del proyecto de casamiento, a fin de privarla en lo futuro de la posibilidad de invocar testigos. *An49* [Sin embargo, en *An41* ya se utilizan dos puntos, y no punto, después de *Segundo*.

**18.3** conseguir *CGE* hacer  $\Omega$

**18.5** todos. Pero él respondió con plena confianza en su capacidad: *CGE* todos; pero él respondió, con plena confianza en sí mismo: *I*

**18.10** que creí soñar mientras lo discutíamos. Pero evidentemente yo no estaba en lo justo, pues ante el aplomo de quien lo había concebido, el proyecto recibió la mayoría de los sufragios: casi todos lo considera-

ron hábil, factible, heroico, magnífico y, en consecuencia, digno de realización inmediata. *CGE* que creí soñar mientras Dussart lo exponía. Pero evidentemente yo no estaba en lo justo, pues visto el aplomo del doctor, su proyecto gozó de la mayoría de los sufragios: casi todos lo consideraron factible, sencillo, heroico, magnífico y digno, en consecuencia, de realización inmediata.  $\Omega$

**18.17** —validos del manifiesto agrado con que nos oía— *CGE* —validos de que manifestó no poco agrado en oírlo— *I*

**18.19** Quién hablaba de los títulos, diplomas y honores universitarios que en él concurrían; *CGE* Quién hablaba de los títulos y honores universitarios que en el doctor concurrían;  $\Omega$

**18.26** pareció no ser baldío. *CGE* parece que no fue en balde.  $\Omega$

**18.29** si por fin aceptaba interrumpir su viaje y detenerse en La Habana. *CGE* si por fin aceptaba detenerse en la Habana o no. *I*

**18.33** ¡Aceptará!... ¡aceptará!... *CGE* Aceptará, aceptará.  $\Omega$

**19.11** Todo el tiempo que el *Morro Castle* necesitó para entrar en la bahía, *CGE* El largo tiempo que necesitó el *Morro Castle*  $\Omega$

**19.13** Los dos asistieron a los trámites *CGE* Los dos asistieron a las inspecciones *I*

**19.15** y, mientras tanto, no había cesado él en insistir sobre hoteles y otros detalles de segundo orden. Quedaba convenido que, por de pronto, ella se alojaría en el hotel Telégrafo y él en otro cualquiera; *CGE* y, mientras tanto, no había cesado él de insistir sobre hoteles y otros puntos de orden práctico. Quedaba convenido que ella, por de pronto, se alojaría en el Hotel Telégrafo y él en cualquier otro.  $\Omega$  [Sin embar-

go, en *II* se lee *cesado él en insistir y no de insistir*. En esos testimonios este segmento ya concluye con punto y coma, y no con punto.

**19.25** llevó a la perfección *CGE* hizo a la perfección *I*

**20.8** de qué método *CGE* de cuál  $\Omega$

**20.13** Irían juntos a las oficinas del Cable y, presente ella, pediría él a México, en mensaje cifrado, la suma cuantiosa y suficiente para la boda: *CGE* Iría con ella a las oficinas del cable y, en su presencia, pediría a México, la suma cuantiosa indispensable para la boda:  $\Omega$  [Sin embargo, en *II* la frase *en su presencia* no está entre comas.

**20.17** para que ella escogiese el aderezo que le regalaría él al casarse... *CGE* para que escogiera el aderezo que debía regalarle en la boda... *I* para que escogiese el aderezo que le regalaría él al casarse... *II*

**20.20** de la espía, *CGE* de la dama, *I* [Además, en  $\Omega$  este párrafo forma uno solo con el anterior.

**20.27** Diez minutos antes de la hora fijada para la salida del *Morro Castle*, vimos que el doctor Dussart saltaba de una gasolinera a la escalerilla del buque. *CGE* Diez minutos antes de la hora fijada para que saliera de la Habana el *Morro Castle*, vimos al doctor Dussart saltar de una gasolinera a la escalerilla del buque.  $\Omega$

**20.29** Tan vigorosamente dio el salto, que, de rebote contra la cuerda, estuvo a pique de irse al agua; pero por fortuna sólo se mojó los pies. Venía alegre y animoso; *CGE* El salto fue tan vigoroso, que el doctor botó contra la cuerda y estuvo a pique de irse al agua; por fortuna sólo se mojó los pies. Venía gozoso;  $\Omega$  [Sin embargo, en *Ag* hay coma después de *vigoroso* y punto y coma (y no dos puntos), después de *agua*.

## NOTAS COMPLEMENTARIAS

*Los números iniciales de cada entrada remiten, por este orden, a la página del texto y a la nota al pie que se complementa.*

### PRIMERA PARTE ESPERANZAS REVOLUCIONARIAS

#### LIBRO PRIMERO / HACIA LA REVOLUCIÓN

**6.7** En marzo de 1908 fue publicada la traducción al español de la entrevista del periodista canadiense James Creelman a Porfirio Díaz, el presidente de México, quien declaró que la nación estaba finalmente lista para la democracia. Esta sentencia sacudió al sistema político del gobierno central y a los de algunas entidades federativas, e hizo que se dividieran en dos bloques para competir por la candidatura a la vicepresidencia de la República Mexicana en las elecciones a realizarse en 1910: los partidarios del general Bernardo Reyes (padre de Alfonso) y los del vicepresidente en funciones, Ramón Corral.

Una mezcla de coincidencias e intencionalidades involucró a Guzmán, por entonces reportero de *El Imparcial*, en la campaña para promover al candidato oficial, lo que decepcionó a Alfonso Reyes (*Medias palabras*, 78), y quizá lo impulsó a escribir en el *Antirreeleccionista*, con el seudónimo “Teodoro Malio”, el artículo “Silvio. De la diáfana silueta de Silvio y de cómo no trajo a la vida ningún mensaje”. El personaje literario de Reyes [1909: 3], con referencias claras a Guzmán, tiene el don de la inmovilidad: se deja arrastrar de un lado a otro por sus conocidos y se queda quieto ahí donde éstos lo dejen. La floja placidez de su vida es alterada en tres ocasiones: su boda, la gestación de su primer hijo y la búsqueda de empleo. Cuando por fin desaparece, quién sabe si muerto, emigrado o desvanecido, sus amigos echan de menos la vecindad de Silvio, junto al cual, “sin ir acompañado, se iba en soledad”.

Reyes y Guzmán cursaban en 1909 la licenciatura en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Guzmán dejó los estudios en agosto de ese año, cuando concluyó el primer semestre académico, para irse a trabajar, casado ya, en el Consulado de México en Phoenix, Arizona, donde se desempeñaría como escribiente. El 7 de diciembre de 1910, dos semanas después del inicio de la rebelión maderista, avisó al cónsul su urgencia de partir a la Ciudad de México por un asunto familiar de gravedad. Salió esa noche con su esposa y su primer hijo, Martín Luis Guzmán West, rumbo a Chihuahua y más tarde a la

capital de la República Mexicana. La Revolución mexicana había comenzado [expedientes de SRE /AHGE /MLG, fs. 38 y 39].

Guzmán firmó el 10 de enero de 1911 una nota de renuncia a su cargo diplomático, explicando que no le era posible salir de la ciudad, y mucho menos al exterior, porque la muerte de su padre lo había dejado “directamente encargado de su familia”. Antes, había visitado al escritor, periodista y diplomático Victoriano Salado Álvarez, subsecretario del ramo, en la casona que albergaba al Ministerio de Relaciones Exteriores. El funcionario ofreció interceder para que, tan pronto el joven renunciara, fuera dado de alta en otro puesto diplomático. Esto no sucedió y Guzmán tuvo que devolver el dinero que se le había adelantado con cargo a su salario. Para colmo, la compañía de ferrocarril no le aplicó el descuento que se otorgaba a los miembros del servicio exterior en la cantidad que había pagado por el exceso de equipaje en su viaje de retorno a México.

Guzmán, quien por ser mayor de edad no fue beneficiado por la pensión de su padre, canceló el plan de reinscribirse en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y solicitó la restitución de su antigua plaza de profesor de Dibujo en escuelas primarias de la Ciudad de México, lo cual le fue concedido. Igualmente, obtuvo el puesto de ayudante de bibliotecario en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, instituciones que habían sido inauguradas en septiembre de 1910, durante los magnos festejos por el primer centenario del inicio de la Independencia de México, para coronar el esfuerzo educativo de Justo Sierra y abrir las puertas de la educación superior a las nuevas generaciones de humanistas (Javier Garcíadiago [1994: 161-202]).

Aún inexperto en las lides políticas, Guzmán se acercó en agosto de 1911 al Partido Constitucional Progresista que promovió la candidatura de Francisco I. Madero a la presidencia y de José María Pino Suárez a la vicepresidencia de la República Mexicana, en las elecciones que se celebrarían unos meses después. En el ámbito intelectual, Guzmán atendió el llamado de José Vasconcelos para colaborar con la renovación cultural, que supuestamente debía acompañar los cambios políticos, y se sumó al sector del Ateneo de la Juventud (del que no era miembro formal) que simpatizaba abiertamente con la transición democrática del país.

Vasconcelos fue nombrado presidente del Ateneo de la Juventud en noviembre de 1911, el mismo mes en que Madero recibió la banda presidencial. Casi un año más tarde, en septiembre de 1912, la asociación cambió su nombre por Ateneo de México y abrió sus puertas a intelectuales de todas las edades y de otros países, según Curiel [1999: 229-296]. Esto permitió el ingreso formal de Guzmán, quien para entonces era profesor de Literatura en la Escuela Superior de Comercio y Administración, y secretario particular del

también ateneísta Alberto J. Pani en la dirección general de Obras Públicas del Distrito Federal.

Pani elaboró un diagnóstico de la higiene y la salud en la Ciudad de México. Martín Luis Guzmán lo ayudó a reunir datos, interpretarlos y a redactar el informe, que sería publicado en 1916 con el título *La higiene en México*. Guzmán realizó una reseña del libro (*Obras completas*, t. I, 196-197) y una reclamación al autor por haber dicho en el prólogo que la obra había sido hecha por “mandato expreso” de Venustiano Carranza, cuando a principios de 1913 estaba lista.

**7.8** Si Tacubaya era en las remembranzas de Guzmán el lugar idílico del descubrimiento del rumbo hacia el cual orientar su vida, el puerto de Veracruz constituía la escena en que la orientación temprana se funde con la historia de México, desde el inicio de la epopeya colonizadora hasta las luchas por la soberanía y la República de Juárez (*Obras completas*, 466-468). La familia Guzmán se trasladó al puerto de Veracruz en 1899, cuando el padre fue nombrado sustituto del subdirector de la Escuela Naval Militar. Martín Luis, de 12 años de edad, fue inscrito en la escuela cantonal Francisco Javier Clavijero, a la que describiría como “laica a la mexicana y pública y gratuita a la perfección”. Una más de las escuelas admiradas por Guzmán y a las que dedicó en 1948 un volumen de la colección *El liberalismo en México en pensamiento y acción*.

El joven Guzmán amplió su formación de manera autodidacta en la biblioteca pública del puerto, en cuyas mesas leyó *Los miserables*, *México a través de los siglos*, *El contrato social* y la *Electra* de Benito Pérez Galdós. Un día descubrió dos libros que le interesaron en un quiosco de tabacos que funcionaba a la vez como una pequeña librería, e hizo que su padre los comprara. En uno, Tolstoi describía la vida de los *mujiks*; en el otro, Ernest Renan compendia la historia del pueblo de Israel. Estimulado quizás por la lectura y el ambiente portuario, de partidas y retornos continuos, sintió por primera vez el impulso de huir de todo. Un médico amigo de su padre estaba hospedado en la casa familiar. Cada mañana, el visitante y Martín Luis iban a pescar al mar. Al volver a tierra firme, no se volvían a ver. El médico partió pronto y el menor fue invadido por una tristeza que modificó su vida durante varios días. Al recordar tamaña pena, Guzmán pensó que la causa no pudo ser ni un afecto verdadero ni una costumbre arraigada. Inquiriéndose a sí mismo, sugería una respuesta: “¿Habré sentido entonces por primera vez, movido por un hecho casi sin importancia, ese correr interior de nosotros mismos que corresponde exteriormente a la huida definitiva de todas las cosas, que pasan siempre y siempre se escapan?” (Guzmán/Henríquez Carvajal [1916]).

Guzmán experimentó en Veracruz la primera ausencia prolongada de su padre, quien fue trasladado a la península de Yucatán para prestar servicio

de nueva cuenta en las campañas contra los mayas. Tras obtener el grado de coronel de infantería, el oficial partió a la Ciudad de México para ejercer el cargo de jefe del *Detall* en el Colegio Militar. En diciembre de 1903 lo alcanzaría su parentela, que regresó con gusto a Tacubaya. Para entonces, Guzmán tenía 16 años de edad y había iniciado los estudios de secundaria o preparatoria.

**7.9** Alberto J. Pani [1936: 199] renunció a su cargo en la Dirección de Obras Públicas del Distrito Federal después de la Decena Trágica, por lo que Guzmán, secretario particular de Pani, se quedó sin empleo. En lugar de reintegrarse a la Escuela de Altos Estudios, Guzmán solicitó una extensión de su licencia en esta institución y su traslado a la Secretaría de Justicia, a cargo de Rodolfo Reyes, un participante clave en la conspiración contra Francisco I. Madero y en el pacto que definió la caída del gobierno. Rodolfo Reyes diría (*De mi vida*, 33-62) que desconocía los planes para eliminar a Madero, y que de haberlos sabido se hubiera opuesto, pero aun así decidió, “por patriotismo”, permanecer en el gabinete.

En los meses subsecuentes, además de insistirle a su hermano Rodolfo que dimitiera, Alfonso Reyes (*Diario*, 32) intercedió ante otros funcionarios para que se deslindaran de la administración. Victoriano Huerta le propuso que fuera su secretario particular, lo cual rechazó por considerar que “no era ese su destino”. Se apresuró a presentar el examen para obtener el título de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y “se dejó nombrar” segundo secretario de la Legación de México en París. Tenía la intención de abrirse allá un camino propio que le permitiera alejarse de México el mayor tiempo posible. Guzmán trabajaba como secretario de la Biblioteca Nacional, de la que era director Luis G. Urbina. El Pacto de la Ciudadela, que había encumbrado a Rodolfo Reyes, se resquebrajaba en medio de recriminaciones, mientras que el Ejército Constitucionalista obtenía sus primeras grandes victorias militares en Sonora, Coahuila, Chihuahua y Durango (Cumberland [1972]).

**7.10** Guzmán envió en 1963 a Empresas Editoriales S. A., de su propiedad, un avance publicado en 1938 del magno proyecto, nunca concluido, de crear la historia definitiva de la Revolución mexicana. *Febrero de 1913* salió de la imprenta el 18 de noviembre de 1963, dos días antes del quincuagésimo aniversario del inicio de la rebelión convocada por Francisco I. Madero, y seis meses después de la publicación póstuma de *Oración del 9 de febrero*, como intituló Alfonso Reyes la sentida reminiscencia de su padre en memoria del día en el que fue asesinado y su hijo menor “falleció de tristeza y volvió a nacer en orfandad”.

*Febrero de 1913* contiene una crónica de los acontecimientos que conmocionaron a la Ciudad de México del anochecer del sábado 8 a la mañana del



domingo 9 de febrero de 1913. En ocho capítulos, el lector se entera del ambiente en el que se fraguó el golpe militar que derrocaría al presidente electo y de la participación en la conjura del embajador norteamericano Henry Lane Wilson, de los generales Félix Díaz y Bernardo Reyes y de otros “hombres más o menos conscientes de la clase social empeñada en acabar con la obra iniciada en 1910”.

El capítulo final del impreso describe el momento en el que los cadetes y los oficiales del Colegio Militar acompañan en formación en fila al presidente desde el Castillo de Chapultepec hasta el Palacio Nacional, a lo largo del Paseo de la Reforma. De todas partes surgían amigos y partidarios que se unían a la columna. Unos pasos adelante del Café Colón el general Victoriano Huerta, “ocultos los ojos por sus gafas oscuras y casi todo el cuerpo por su abrigo negro”, se sumó también. Avanzaron por la Avenida Juárez para después doblar por Cinco de Mayo. Caballos sin jinetes y soldados de caballería que pasaban a galope los alertaron de posibles riesgos. La comitiva del Colegio Militar se dividió en tres segmentos. Cuando coincidieron frente a Palacio Nacional, ya con las tropas sublevadas en fuga, formaron una guardia de honor para recibir a Madero.

El cuerpo de Bernardo Reyes sería entregado a su familia a las 11 de la mañana del día siguiente, lunes; cuatro horas más tarde, concluiría el embalsamamiento. Todo estaba listo para proceder al cortejo fúnebre y el entierro, pero la agencia de inhumaciones no conseguía ningún vehículo para trasladar los restos al panteón del Tepeyac. El paso de los regimientos que cercaban el conjunto arquitectónico conocido como la Ciudadela, donde estaban atrincherados los insurrectos bajo el mando del general Félix Díaz, había detenido la circulación de automóviles que no fueran los destinados a transportar heridos a los hospitales o cadáveres a los depósitos para su identificación. Los vecinos se encerraron en sus casas, los tranvías no circularon, la línea telefónica se interrumpía y los comercios cerraron sus puertas (Celorio [2015: 187]).

Pedro Henríquez Ureña suspendió a las 12:30 del martes 11 de febrero la descripción de lo que sucedía en la casa del general Reyes, a donde había ido a pie acompañado por Guzmán. Dos horas antes se había iniciado la ofensiva para recuperar la Ciudadela. Dentro de la residencia se escuchaba el fragor de armas de gran calibre. Cuando el sonido amainó, Henríquez Ureña subió con otros visitantes a la torre del Observatorio Astronómico de la Escuela Nacional Preparatoria, al lado de la vivienda, pero no logró ver nada (Incháustegui y Delgado, *Familia Henríquez Ureña*, 15-20). Cuatro columnas de soldados leales a Madero, algunos a caballo y otros a pie, sin otro armamento pesado que no fueran obuses de metralla, fueron barridas por las ametralladoras y los

cañones que disparaban desde la azotea y los balcones de la fortaleza en la que se habían parapetado los insurrectos. Henríquez Ureña guardó en el bolsillo la carta que escribió a su hermano Max, a la espera de un mejor momento para depositarla en el correo, cuyo edificio estaba al alcance de los tiros que llegaban hasta la Alameda Central. Por las noches las baterías callaban, aunque de vez en cuando algún insomne soltaba fuego a ciegas. Los candelabros del Paseo de la Reforma y de las avenidas centrales, así como los faroles de las calles aledañas, permanecían apagados. Llegada la luz solar, todavía los cadáveres y las armas humedecidos por el rocío matinal, el estrépito volvía. Manuel Márquez Sterling, ministro de Cuba en México, iba y venía por este escenario sintiendo “como si la costra del planeta se hubiera quebrado” y su cuerpo “cayera por una grieta en otro mundo, un mundo distinto donde la palabra pertenecía al gatillo de la pistola, los pensamientos se convertían en balas y disparar era el único placer” (*Madero*, 374-378).

La zozobra se prolongó hasta el mediodía del 18 febrero, cuando el tronar de los cañones arreció para finalizar a las cinco de la tarde. El repiqueteo de los campanarios hizo suponer que había llegado el triunfo definitivo del gobierno, pero antes de que oscureciera se confirmó el rumor de que el presidente y el vicepresidente estaban aprisionados en los salones de la Intendencia del Palacio Nacional. El tañido de las campanas celebraba la victoria de Félix Díaz, quien fue vitoreado en el Zócalo por una muchedumbre. Un éxito pírrico, si se considera que los rebeldes recibieron la ayuda indirecta de Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet, los oficiales responsables de combatirlos, y que éstos habían ordenado la retención de los mandatarios. Por su deslealtad, Huerta fue nombrado presidente provisional de la República.

Dos días después de haber renunciado a su cargo con la promesa de ser expatriado a Cuba, Madero supo por medio de su madre, vestida de luto, que su hermano Gustavo había sido entregado en la Ciudadela a una banda de matarifes, martirizado cruelmente y mutilado. Esa noche Madero se envolvió en la frazada blanca de su deudo. Quizá tuvo un presagio de lo que le sucedería a él mismo al filo de la medianoche del 22 de febrero, cuando sería asesinado a balazos junto con el vicepresidente Pino Suárez durante su traslado del Palacio Nacional a la Penitenciaría del Distrito Federal (Villalpando y Rosas [2008: 111-120]). El magnicidio detonó una contienda que se prolongaría hasta 1917 con un saldo de casi un millón de personas muertas.

Henríquez Ureña reanudó la correspondencia con su hermano Max el 13 de marzo. En la carta enumeró los nombres de los socios del Ateneo que, independientemente de sus antecedentes políticos, reprobaban los crímenes cometidos y reconocían la significación única de Madero en la

historia de México. Eran unos cuantos: Jesús T. Acevedo, Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Pedro González Blanco, Martín Luis Guzmán, Alberto J. Pani, Alfonso Reyes, Julio Torri, José Vasconcelos y el mismo Henríquez Ureña. En opinión de este último, todos ellos constituían la facción pensante del grupo, los “verdaderos intelectuales”; los demás, “la gente secundaria”, pensaban como mejor les acomodara, pero su juicio no era considerado.

Henríquez Ureña proporcionaba en su carta argumentos históricos y políticos de gran alcance a favor de Madero, e identificaba con precisión a los grupos y las instituciones que confabularon en su contra. Por si este diagnóstico no fuera suficiente para tomar partido, bastaba con fijarse en las paredes y las esquinas, dondequiera que hubiera una proclama o aviso, para percatarse de que el pueblo era partidario de Madero. No se sabía cuál sería el desenlace de la trama, pero había confianza en que, ya fuera en unas semanas o en diez años, los traidores pagarían sus crímenes con una expiación horrenda. Por lo pronto, a un mes del “desgobierno” de Huerta, Henríquez Ureña no vislumbraba perspectivas de paz. Los periódicos publicaban sólo lo que se les permitía, lo cual era muy poco en relación con la magnitud que adquirirían los sucesos en el noroeste del país, protagonizados por grupos armados aún dispersos entre sí, y al sur de la Ciudad de México, bajo el dominio de los zapatistas (Incháustegui y Delgado, *Familia Henríquez Ureña*, 15-20).

**7.12** Guzmán expresó en varias ocasiones que durante los días de la Decena Trágica y los subsecuentes a ésta participó en la elaboración y distribución de *El Honor Nacional*. Alberto J. Pani [1936: 154] se refiere al impreso, pero sin mencionar a Guzmán entre los colaboradores. A su vez, Arturo Pani, hermano de Alberto, incluye a Guzmán entre los asiduos a un despacho de la calle del Espíritu Santo, hoy Motolinía, que funcionaba como “oficina revolucionaria de información, catequización y propaganda” (*Ayer*, 154-155). Sin embargo, ni los hermanos Pani ni Guzmán formaban parte de los contactos utilizados por Héctor Pérez Abreu, quien desde marzo de 1913 era el jefe de Propaganda de la Revolución, para realizar tareas de difusión tanto en la frontera norte como en la Ciudad de México. En esta última se armó una extensa red de colaboradores que desafiaba la vigilancia policiaca. Telegrafistas, carteros, empleados públicos y trabajadoras domésticas recababan información que era enviada a los agentes carrancistas en el territorio estadounidense, y éstos la despachaban a la Jefatura Constitucionalista. Asimismo, Pérez Abreu remitía proclamas y notas informativas que mandaba a la capital para que fueran copiadas a máquina o reproducidas en pequeñas imprentas clandestinas.

**10.20** Durante la etapa armada de la Revolución y en los años posteriores a ésta, Guzmán declaró su admiración por Francisco I. Madero y su indignación

por su apresamiento y muerte. Además de las apreciaciones contenidas en *La querrela de México* (1915), Guzmán [1916: 19] inició su colaboración en la *Revisita Universal*, publicada en Nueva York, con el artículo “Francisco I. Madero. El sexto aniversario de la Revolución de México”.

Cuarenta años después, en octubre de 1956, Guzmán visitó en la residencia oficial de Los Pinos al presidente Adolfo Ruiz Cortines. Durante la entrevista, platicó algunos detalles del homenaje que, con motivo del segundo aniversario del levantamiento de 1910, se le rindió a Aquiles Serdán, un precursor de la Revolución, el domingo 24 de noviembre de 1912.

Una semana después de su visita, Guzmán envió a Ruiz Cortines una carta acompañada por la nota de *El País* acerca del acto mencionado, una fotografía reproducida en el primer volumen de *Historia gráfica de la Revolución* (aclarando que el joven que ocupaba la tribuna era él mismo) y un croquis con la ubicación de la plaza Villamil, que había sido convertida en jardín. El recorte del periódico reproducía, íntegro, el discurso de Madero. Guzmán aconsejaba al mandatario que lo leyera porque contenía “afirmaciones que arrojaban luz sobre la génesis y el desarrollo de los propósitos revolucionarios”, y hacía “una pintura dramática de la hora política de entonces (tres meses antes del cuartelazo de la Ciudadela), conforme la veía, sentía y expresaba aquel hombre tan ingenuo como admirable”.

Unas líneas más abajo, Guzmán se lamentaba por no tener a la mano el discurso completo del diputado Luis Cabrera, líder del Bloque Renovador de la Cámara. Respecto al suyo, Guzmán buscaba desesperadamente el ejemplar del único periódico que —según recordaba— lo había publicado. Lo atosigaba mucho no encontrar esa pieza oratoria porque en ella “pensando en mi padre, y todavía llorando su muerte, expuse la tesis de que también habían sido héroes de la patria los militares pundonorosos que en 1910 se mantuvieron leales a los poderes constitucionales y dieron la vida para cumplir con el deber que les incumbía como soldados” (Guzmán/Ruiz Cortines [1956]).

El texto del discurso sería integrado por Guzmán en la sección “Otras páginas” de sus *Obras completas*, con el título “Federales y revolucionarios”. En el último párrafo, Guzmán señalaba las tareas por cumplir una vez consumada la primera fase de la Revolución: agrupar a los hombres de talento, reorganizar con ellos las instituciones y cumplir con los deberes que acarrearón tanta desgracia. Entonces habría llegado la hora en la que, “bajo un único haz de luz y amor”, se levantara un monumento común donde sólo brillara esta frase: “A los muertos de la Revolución” (*Obras completas*, t. I, 114-118).

**10.24** Las apreciaciones de Guzmán relacionadas con Venustiano Carranza, al igual que las referidas a otros líderes revolucionarios, fueron modificándose con el paso del tiempo, y a medida que las circunstancias proporcionaban

elementos para valorar los hechos y las personas desde nuevas perspectivas. El conflicto con Estados Unidos, originado por la presencia en el territorio mexicano de la expedición punitiva contra Francisco Villa, según Katz [1998], hizo que Guzmán enviara el 24 de junio de 1916 una petición al gobierno de Carranza para que fueran considerados sus servicios en caso de que se declarara la guerra entre ambos países. La respuesta, con fecha del 30 de junio del mismo año, fue firmada por Eliseo Arredondo y procedía de la Agencia Confidencial del Gobierno Constitucionalista de México, con sede en Washington. El gobierno de México aceptaba la posible colaboración del solicitante, la cual nunca se concretó (Abreu Gómez [1968d]).

Lo anterior no invalida la apreciación crítica de Guzmán respecto a la política mexicana durante su primer periodo de exilio, de febrero de 1915 a febrero de 1919. Al regresar a México escribió en *El Heraldo* copiosos artículos, la mayoría sin firma, acerca de la situación del país, signada por la próxima sucesión de la presidencia de Carranza. Si bien Guzmán desechó para sus *Obras completas* una parte de estos textos, porque no recordaba con exactitud cuáles eran de su autoría, los sí reconocidos, sumados a aquellos conservados por el autor en carpetas, dan cuenta de su pesimismo frente a las elecciones presidenciales de 1920 y las aspiraciones personalistas de los caudillos militares (Álvaro Obregón y Pablo González, en particular) que podrían conducir a una nueva guerra civil. Al respecto, Guzmán se sumó a la labor del periódico de unir en un solo partido a todos los elementos revolucionarios con el fin de crear y proteger el programa reconstructivo e innovador que México requería tras nueve años de guerra intestina. El llamado fue infructuoso, y Guzmán actuó de manera misteriosa ante la inminente rebelión sustentada en el Plan de Agua Prieta. De acuerdo con la cronología elaborada por Ermilo Abreu Gómez, poco antes del estallido de la reyerta, en mayo de 1920, Guzmán viajó en una lancha de Manzanillo, Colima, a Mazatlán, Sinaloa, para presentarse ante el general Ramón Iturbe, quien permanecía leal a los poderes constitucionales. Tras el triunfo de la sublevación y la muerte de Carranza, Guzmán e Iturbe aprovecharon la escala de un buque estadounidense para navegar a San Diego, California. En junio de ese año Guzmán regresó a México con la representación de Iturbe. Después de entrevistarse en Sonora con el general Adolfo de la Huerta y en Tehuacán, Puebla, con Álvaro Obregón, logró que el gobierno provisional reconociera a Iturbe su grado militar y, según Abreu Gómez [1952: 70-73], le guardara las consideraciones debidas a su jerarquía.

A la luz del desenlace de la rebelión militar de Agua Prieta y, sobre todo, del fracaso de las rebeliones posteriores contra la perpetuación del clan sonorensé, el intento malogrado de Carranza por imponer un candidato

civil como su sucesor en la presidencia cobraría matices insospechados en el momento de los hechos. En octubre de 1938, Guzmán escribió “Ineluctable fin de Venustiano Carranza”, que, junto con “Tránsito sereno de Porfirio Díaz”, concluido un mes antes del texto anterior, sería publicado en *Muertes históricas (Obras completas)*. Es ésta una de las joyas literarias de la llamada narrativa de la Revolución, en cuyo canon, por cierto, no ha sido incluida con el reconocimiento que merece, quizá porque esta misma corriente literaria había acostumbrado a los lectores al juego maniqueo de “buenos” y “malos”. Dentro de estos últimos, Carranza se llevaba las palmas: no sólo había derrotado militarmente a los reformadores populares de la Revolución e impuesto una Constitución que traicionaba las aspiraciones del pueblo, sino que había promovido el soborno y el robo como forma de gobierno.

Desde el adjetivo inicial del título, “ineluctable”, Guzmán anuncia la inutilidad de la larga marcha del presidente con todo y gobierno hacia Veracruz, en pos de la seguridad y del apoyo que había recibido cinco años antes, cuando la ruptura definitiva con las tropas leales a las resoluciones de la Soberana Convención de Aguascalientes. Marcha inútil e innecesaria porque ahora era perseguido por quienes habían hecho posible su triunfo anterior. En palabras de Guzmán: “Le había llegado la hora, si se produce, que nunca falla en el derrumbamiento de los gobernantes mexicanos: la mala hora en que se proponen, con olvido de su origen, provocar una repulsa verdaderamente nacional, una negativa a la que después tratan de enfrentarse” (*Obras completas*, t. III, 917).

**12.28** Martín Luis Guzmán Rendón, conocido entre la tropa como Martín L., se enganchó en la Milicia de Auxiliares a los 23 años de edad. Compensó la carencia de una educación militar especializada batallando con bravura en las campañas de aplacamiento de los mayas insumisos en Tabasco, Campeche y Yucatán. Por su valentía y buena conducta recibió una medalla y fue ascendido a teniente. En su desempeño, mostró afición al estudio y “suficiente espíritu militar”. Concurría a todos los actos del servicio y no se le conocía vicio alguno. Además, su comportamiento civil era ejemplar: “su honradez y su trato decente hacían que fuera bien recibido en sociedad” (Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional, expediente M.L.G.).

Después de unos meses de licencia en la Ciudad de México, el ya para entonces capitán de infantería fue adscrito a un regimiento acantonado en Chihuahua, con la encomienda de combatir a las gavillas apaches que habían reaparecido en el noroeste del estado. Al regresar de una de sus incursiones, las tropas federales fueron recibidas por las autoridades de la ciudad de Chihuahua en la junta de los ríos Chuiscar y Sacramento. En este paraje poblado de álamos el oficial Guzmán conoció a Carmen Franco Terrazas,

de 17 años, hija de Manuel Franco, recordado por su alegría y su don para componer versos, y de Refugio Terrazas, prima del político y terrateniente Luis Terrazas.

Aunque con linaje, la joven chihuahuense no tenía dote para aportar al escaso patrimonio del apuesto capitán que, recién cumplidos los 30 años de edad, decidió concluir su soltería. El matrimonio civil se llevó a cabo unas semanas después del primer encuentro de los consortes. Algunos días más tarde se realizaría la ceremonia religiosa en la parroquia de San Francisco y Nuestra Señora de la Regla, en el centro de la ciudad. Los recién casados, protegidos por una valla marcial, caminaron unas cuantas cuadras rumbo a la residencia familiar de los Franco Terrazas, en el número 5 de la calle de la Libertad. En esta casa, hoy un monumento histórico, nació Martín Luis Guzmán Franco el 6 de octubre de 1887 (Terrazas [1985]).

Por ser el primer hijo varón, fue bautizado con el mismo nombre compuesto que su padre. Una tradición que el escritor se encargaría de mantener, aun a regañadientes, dentro de su descendencia: su primogénito y el hijo y el nieto de éste. En 1973, cinco generaciones cumplían el designio patriarcal.

**24.2** En el mundo intelectual mexicano de principios del siglo xx escaseaban los lectores de literatura en inglés. De ellos, la mayoría se concentraba en el círculo de los grandes idealistas (Shelley, Keats, Emerson...); en cambio, desconocía la obra de los estadounidenses e ingleses modernos, así como la propuesta filosófica encabezada por William James, hermano mayor de Henry, y los avances, en el plano internacional, del periodismo y la crítica literaria.

Conducido por Pedro Henríquez Ureña, quien traducía del inglés y poseía una apetecible biblioteca personal que incluía publicaciones periódicas norteamericanas y novedades provenientes de Europa, Guzmán leyó en su “segunda juventud” a novelistas y ensayistas anglosajones. Debido a ello, Alfonso Reyes [1914: 216-221] lo puso como ejemplo de “los efectos benéficos que los vientos del norte produjeron en los más jóvenes de la pléyade” ateneísta. Igualmente, anunció que Guzmán preparaba un libro inspirado en “las ráfagas de aliento humano que brotan de la obra de Edith Wharton”.

La noticia indignó a Julio Torri, otro anglófilo del grupo, quien reclamaría a Reyes su falta de objetividad y atosigaría a Guzmán acerca de los avances del texto anunciado. Reyes respondió que el aviso no tenía la intención de copiar la realidad, sino de orientarla (*Epistolarios*, 60-62).

**29.21** Durante su primera estancia en Nueva York, Guzmán colaboró en dos revistas en español dirigidas a la comunidad hispanohablante de los Estados Unidos: *Revista Universal* y *El Gráfico*. Las referencias de lo publicado por Guzmán en estas ediciones periódicas, a veces firmado con seudónimo, están en el apartado bibliográfico de este volumen.

# ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	XI
<i>por Jaime Labastida</i>	

## EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE

### PRIMERA PARTE ESPERANZAS REVOLUCIONARIAS

LIBRO PRIMERO. HACIA LA REVOLUCIÓN	5
1. La bella espía	5
2. Un complot en el mar	16
3. Los recursos del doctor	24
LIBRO SEGUNDO. CAMINO DE SONORA	33
1. La segunda salida	33
2. En San Antonio Texas	42
3. Primer vislumbre de Pancho Villa	50
LIBRO TERCERO. UMBRALES REVOLUCIONARIOS	59
1. En el cuartel general	59
2. La mesa del Primer Jefe	70
3. Las cinco novias de Garmendía	77
4. Orígenes del Caudillo	85
LIBRO CUARTO. ANDANZAS DE UN REBELDE	95
1. De Hermosillo a Guaymas	95
2. De Guaymas a Culiacán	102
3. Ramón F. Iturbe	110
LIBRO QUINTO. TIERRA SINALOENSE	113
1. Primeras impresiones	113
2. Una noche de Culiacán	116
3. La religiosidad de Iturbe	123
4. Después de una batalla	130



5. Un baile revolucionario	136
6. La araña homicida	143
7. En el Hospital Militar	150
<b>LIBRO SEXTO. VIAJES REVOLUCIONARIOS</b>	157
1. En el tren	157
2. Sombras y bacanora	163
3. La carrera en las sombras	170
4. Los rebeldes en Yanquilandia	178
5. En la raya fronteriza	186
<b>LIBRO SÉPTIMO. INICIACIÓN DE VILLISTA</b>	193
1. La fuga de Pancho Villa	193
2. La fiesta de las balas	202

## SEGUNDA PARTE EN LA HORA DEL TRIUNFO

<b>LIBRO PRIMERO. CAMINO DE MÉXICO</b>	217
1. Villismo y carrancismo	217
2. Noche de Coatzacoalcos	220
3. Una visión de Veracruz	227
4. La vuelta de un rebelde	234
<b>LIBRO SEGUNDO. JUSTICIA REVOLUCIONARIA</b>	241
1. Un inspector de policía	241
2. En la Sexta Comisaría	247
3. La pistola de Pancho Villa	254
4. Un préstamo forzoso	261
5. El nudo de ahorcar	268
<b>LIBRO TERCERO. PRISIÓN DE POLÍTICOS</b>	275
1. Barruntos de aprehensión	275
2. Las casas incautadas	284
3. Una celada en Palacio	290
4. En la penitenciaría	294
5. Cuerda de presos	303
6. Al amparo de la Convención	310

LIBRO CUARTO. LA CUNA DEL CONVENCIONISMO	317
1. Ilusiones deliberantes	317
2. Horas de la Convención	324
3. La muerte del Gaucho Mújica	332
4. El arte de la pistola	338
5. La película de la Revolución	344
6. Pancho Villa en la cruz	352
7. El sueño del compadre Urbina	360
LIBRO QUINTO. EULALIO GUTIÉRREZ	367
1. Un presidente de la República	367
2. Un ministro de la guerra	375
3. Un juicio sumarísimo	381
4. Los zapatistas en Palacio	389
5. Un ministro de fomento	395
LIBRO SEXTO. VILLA EN EL PODER	403
1. Una forma de gobierno	403
2. La muerte de David Berlanga	409
3. Pos “malgré tout”, licenciado	416
4. “¿Lo cree usted, señor presidente?”	424
LIBRO SÉPTIMO. EN LA BOCA DEL LOBO	431
1. Un asalto revolucionario	431
2. González Garza, presidente	438
3. El telegrama de Irapuato	445
4. A merced de Pancho Villa	452

ESTUDIO Y ANEXOS  
MARTÍN LUIS GUZMÁN  
Y “EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE”

ESTUDIO	
<i>El águila y la serpiente por entregas</i>	463
<i>por Susana Quintanilla</i>	
ANEXOS: ARTÍCULOS, RESEÑAS, ENSAYOS	
1. Martín Luis Guzmán se exilia en el Hudson	537
<i>por Federico Patán</i>	

2. El narrador	545
<i>por Ermilo Abreu Gómez</i>	
3. Martín Luis Guzmán, el más grande reportero de la Revolución mexicana se ha ido	549
<i>por Carlos Monsiváis</i>	
4. Al todo por la parte: “La fiesta de las balas”	555
<i>por Alberto Blasi</i>	
5. La gracia suprema: contextos de luz y sombra en <i>El águila y la serpiente</i>	575
<i>por Luis Leal</i>	
6. Martín Luis Guzmán como cuentista en <i>El águila y la serpiente</i>	582
<i>por William W. Meggenney</i>	
7. Sobre las muchas “especies de hombre” en <i>El águila y la serpiente</i>	604
<i>por Hugo Rodríguez Alcalá</i>	
8. <i>El águila y la serpiente</i> en las versiones estadounidenses	620
<i>por Juan Bruce-Novoa</i>	
9. Capítulos del águila en <i>La sombra del Caudillo</i>	630
<i>por Juan Bruce-Novoa</i>	
10. Entre el exilio y el fuego revolucionario: la narrativa de Martín Luis Guzmán de 1925 a 1929	640
<i>por Adela Pineda Franco</i>	
11. La invención de <i>El águila y la serpiente</i> , como libro y como novela	663
<i>por Nicholas Cifuentes-Goodbody</i>	
12. Martín Luis Guzmán, 1887–1967	671
Por una vida plena y fecunda	
<i>por Salvador Novo</i>	
13. Martín Luis Guzmán, escritor de protesta	672
<i>por Emmanuel Carballo</i>	
14. Escritor en la Revolución	677
<i>por Andrés Henestrosa</i>	
15. A veces víctima de sus propios méritos	681
<i>por Enrique Ramírez y Ramírez</i>	
16. <i>El águila y la serpiente</i>	685
<i>por Bertha Taracena</i>	

17.	Nota preliminar a cuatro ensayos críticos A 50 años de la publicación de <i>El águila y la serpiente</i> por <i>William W. Megenney</i>	686
18.	Universalidad y mexicanidad de Martín Luis Guzmán por <i>José Revueltas</i>	688
19.	<i>El águila y la serpiente</i> por <i>Martín Luis Guzmán</i>	691
20.	Martín Luis Guzmán (1887) por <i>Antonio Castro Leal</i>	694
21.	<i>El águila y la serpiente</i> por <i>Federico de Onís</i>	698
22.	Martín Luis Guzmán. La evolución de su prosa por <i>Ermilo Abreu Gómez</i>	700
23.	<i>El águila y la serpiente</i> por <i>María del Carmen Millán</i>	712
24.	Nota preliminar por <i>José Emilio Pacheco</i>	718
25.	<i>El águila y la serpiente</i> por <i>Enrique Díez-Canedo</i>	721
26.	<i>El águila y la serpiente</i> por <i>Eduardo Gómez de Baquero</i>	724
27.	Villa, protagonista por <i>Alfonso Hernández Catá</i>	727
28.	Un libro de reportaje por <i>Alfonso Camín</i>	730
29.	Tres libros de México por <i>Fabián Vidal</i>	734
30.	<i>The eagle and the serpent</i> por <i>Irving A. Leonard</i>	737
31.	<i>The eagle and the serpent</i> por <i>Roberto Esquenazi-Mayo</i>	739
32.	<i>El águila y la serpiente</i> por <i>Victoriano Salado Álvarez</i>	741
33.	Fragmento "Perspectiva de la literatura mexicana actual" por <i>Jaime Torres Bodet</i>	745
34.	<i>El águila y la serpiente</i> por <i>Ramiro Matas</i>	746
35.	<i>El águila y la serpiente</i> por <i>Juan Chabas</i>	749

TEXTOS COMPLEMENTARIOS ESCRITOS

POR MARTÍN LUIS GUZMÁN

1. *Los efectos del boicot* 753
2. *En busca de don Porfirio* 757
3. *El lazo de Canuto Arenas* 761
4. *Mi general Ángeles* 768

CUADROS E ILUSTRACIONES

- I. Publicaciones de *El águila y la serpiente* en periódicos 775
- II. Publicaciones de los libros que integran  
*El águila y la serpiente* 783
- III. Publicaciones de *El águila y la serpiente* en *Estampa* 791
- IV. Ediciones de *El águila y la serpiente* en español 795
- V. Traducciones publicadas de *El águila y la serpiente* 797
- VI. Escritura y publicación en periódicos de los capítulos  
que integran *El águila y la serpiente* 798

IMÁGENES DE PUBLICACIONES 811

APARATO CRÍTICO 831

NOTAS COMPLEMENTARIAS 1021

BIBLIOGRAFÍA 1147

ÍNDICE DE NOTAS 1219